

VIDA FAMILIAR

Semana de la Familia: 7 - 14 de febrero de 2015



**RESCATEMOS
A LA FAMILIA**

Rescatemos a la familia

Dice el diccionario de la RAE que rescatar es «recobrar por precio o por fuerza lo que el enemigo ha cogido, y, por extensión, cualquier cosa que pasó a mano ajena». Es triste comprobar el menoscabo que han sufrido muchas familias. Nuestra sociedad relativiza esta institución, la humilla en muchas ocasiones, actúa *contra natura* con la pareja sin darle opción a que recupere el aliento y, viéndola caída, impide que los principios y valores que son su génesis le permitan recobrarla. La vitalidad de la familia viene a ser desangrada por una machacona actitud contaminada desde el exterior y de sus componentes que la someten a un cansancio extenuante hasta llegar a la claudicación.

Parece que los enemigos han raptado a la familia, como si todos ellos se hubieran puesto de acuerdo para llevársela encadenada a las más crueles mazmorras. Día tras día y hora tras hora se producen en el seno del más hermoso de los vínculos roturas que desgarran las almas, actitudes que llevan al desánimo, situaciones que desembocan en la desconfianza y el miedo. ¿Qué sucede en los hogares? ¿Qué es lo que le han quitado para llegar a esta situación?

El apóstol Pablo avisó de algunas de las características del comportamiento de los que vivirían en el tiempo del fin. Entre otras dice: amantes de sí mismos, soberbios, sin afecto natural, infieles, amantes de los placeres más que de Dios (2 Tim. 3: 2-4), características que, sin duda han calado en muchos hogares de nuestra sociedad.

Hace unos años, la Organización de las Naciones Unidas solicitó ideas para mejorar la relación entre los pueblos. Una de las respuestas que dieron fue «pruébese a Jesús», y no le faltó razón al que postuló esta declaración, porque Jesús vino para rescatar lo que se había perdido. Ante una situación de decadencia de la familia, nuestro único Rescatador es Jesús. Deseamos que esta Semana de oración sea una nueva oportunidad que le damos a Jesús para que nos sitúe en la senda correcta.

Antonio del Pino

Director del Ministerio de la Familia



Ministerios de la *Familia* Adventista

Director de la revista: Antonio del Pino

EQUIPO EDITORIAL:

Director general: Mario Martinelli

Administrador: Sergio Mato

Coordinación de producción: Esther Amigó

Jefe de edición: Alejandro Medina

Editora: Raquel Carmona

Diseño y maquetación: Javier Zanuy

Publica: EDITORIAL SAFELIZ

Pradillo, 6 - Pol. Ind. La Mina

28770 Colmenar Viejo, Madrid (España)

tel. [+34] 918 459 877

fax [+34] 918 459 865

e-mail: admin@safeliz.com

www.safeliz.com

Promueve: MINISTERIO DE LA FAMILIA

COLABORADORES:

Cristina Andreu Lozano

Marcelo Carvajal Álvarez

Alejandro Medina

Miguel Ángel Nuñez

José Antonio Ortiz

Antonio del Pino

Antonio López Postigo

Silvia Roig Martínez

Contenido

- 3 Primer sábado mañana
La ilusión de tener mi propia familia
- 5 Primer sábado tarde
El caso de la familia moderna
- 7 Domingo
Cuando los problemas llaman a la puerta
- 10 Lunes
¡Vaya hijos que has criado!
- 12 Martes
El décimo mandamiento y la familia
- 14 Miércoles
La comunicación en la pareja
- 18 Jueves
Si nos amamos, ¿por qué esperar?
- 20 Viernes
Para tener un hogar feliz
- 22 Segundo sábado
Rescatemos a la familia

La ilusión de tener mi propia familia



Si hay una palabra que realmente define el sentimiento de comenzar una nueva etapa junto a la persona que quieres es la ilusión.

La ilusión está estrechamente relacionada con las expectativas, las emociones, la alegría y la esperanza.

En primer lugar, el hecho de iniciar una nueva vida genera ciertas esperanzas, ideas que llenan tu mente acerca de cómo será esa etapa que está aún por comenzar. Cuando pienso en ello, no puedo más que viajar un año atrás y remontarme a cuando imaginaba y planificaba cómo sería mi nuevo hogar, cuáles serían mis responsabilidades, de qué manera organizaría el tiempo, las tareas, la economía, en definitiva, cómo crearía desde cero mi propia familia.

Por supuesto, las expectativas que se generan cuando piensas en todo ello son muy altas porque uno espera y desea que, gracias a la perfecta combinación de amor, ilusión, respeto y colaboración, todas esas tareas ayuden a construir un núcleo familiar único y armonioso. Único porque parte de dos personas que aportan lo más personal y genuino de sí mismos, haciendo que esa unión dé como resultado una combinación extraordinaria y especial. Y, del mismo modo, armonioso porque ambas partes se complementan, contribuyendo cada uno a enriquecer el vínculo formado.

Sin embargo, la mayor expectativa surge al imaginar cómo Dios va a unir todas esas piezas, ayudando a crecer y fortalecer la alianza que hemos creado, para que los planes ideados dejen de ser meros deseos o intenciones y se conviertan en una realidad diaria.

En segundo lugar, no podemos separar la ilusión de una emoción tan grande como la alegría. Esta es la que brinda energía, la que aporta una chispa de entusiasmo, la que permite soñar e imaginar y la que ayuda a sobrellevar incluso las cargas más pesadas.

La verdadera alegría se experimenta plenamente cuando se comparte con los demás y es ahí donde radica su mayor virtud. Tener una propia familia es un

motivo de alegría imposible de disfrutar individualmente, ha de ser compartida y contagiada, de modo que sea uno de los pilares en los que se cimente dicha unión. Sin embargo, es difícil vivir con una alegría constante cuando vivimos en un mundo injusto, lleno de dolor y sufrimiento a nuestro alrededor. La familia, por consiguiente, no puede vivir aislada de estos acontecimientos puesto que, sin lugar a dudas, muchas veces se verá afectada por ellos. Por esta razón, es sumamente necesario cultivar la alegría en el núcleo familiar, hacer de ella uno de los elementos imprescindibles en el día a día para que, cuando surjan la tristeza, el rencor o el desánimo, exista la necesidad de volver a su estado natural, reviviendo esa dicha que permite solucionar la mayoría de los problemas y nos hace más felices.

La alegría, en el contexto familiar, ha de conducir al perfeccionamiento, a alcanzar objetivos comunes así como metas positivas que ayuden en todo momento a fortalecer un vínculo que no está exento de recibir influencias negativas pero que, gracias a unos buenos cimientos y a la ayuda de Dios, podrá conservar el gozo que lo caracteriza.

En tercer lugar, y como se indicaba al inicio, además de las expectativas y la alegría, la ilusión también está enlazada con las aspiraciones, los anhelos y la esperanza.

Por un lado, se aspira a construir sobre bases correctas, que permitan corregir los posibles errores que vemos a nuestro alrededor y que marcan la sociedad de impactos negativos como son las rupturas o los abandonos. De este modo, tener siempre en mente la aspiración de luchar contra este tipo de hechos hará de la familia un hogar más estable.

Por otro lado, construir una familia implica el anhelo de forjar una vida independiente, agradable y duradera, donde el diálogo, el perdón o la reconciliación sean siempre los puntos fuertes de esa unión. La gran ventaja de construir desde cero es la posibili-

«Solo la presencia de Cristo puede hacer felices a hombres y mujeres. Cristo puede transformar todas las aguas comunes de la vida en vino celestial. El hogar viene a ser entonces un Edén de bienaventuranza; la familia, un hermoso símbolo de la familia celestial» (*El hogar cristiano*, pág. 24).

Silvia Roig Martínez

Licenciada en Publicidad
y Relaciones Públicas

dad de crear un modelo de vida que permita establecer todas estas bases de antemano, convirtiéndolas en pilares inamovibles y sabiendo que, con la ayuda y dirección de Dios, podrán llevarse a cabo de la mejor manera posible.

No obstante, por encima de las aspiraciones y los anhelos, creemos que lo más importante es la esperanza. Tener la firme convicción de crear una familia que perdure por la eternidad es lo que mantiene viva la ilusión. Este es el objetivo primordial que nunca tenemos que perder de vista. No debemos estrechar lazos únicamente terrenales sino mantenerlos y conservarlos para que permanezcan unidos hasta que el Señor regrese.

“El árbol de los problemas”

Después de haber profundizado en los conceptos que mayor relación tienen con la ilusión y, concretamente, con la de crear una nueva familia, conviene no solo mencionarlos sino experimentarlos y ver de qué manera se pueden aplicar en nuestra rutina diaria.

Personalmente, cuando me embarqué en la fantástica aventura de iniciar una familia hubo un relato que llamó poderosamente mi atención: “El árbol de los problemas” y que está directamente relacionado con los términos anteriormente expuestos:

Hace algunos años, un hombre albergaba la idea de convertir una de sus propiedades más antiguas en un gran casa de campo, donde pudiera pasar todo el tiempo libre que tuviera junto a su familia. Para ello contrató a un carpintero, el cual se encargaría de todos los detalles logísticos de la restauración y así, podrían finalizar la tarea en menos tiempo.

Un día, el hombre decidió ir a la propiedad para verificar que todos los trabajos se estaban realizando correctamente pero, en ese momento, se percató de que el carpintero no estaba teniendo un buen día. Su cortadora eléctrica se había estropeado haciéndole perder dos horas de trabajo. Después de arreglarla, un corte de electricidad en el pueblo le hizo perder dos horas más. Para colmo, tratando de recuperar el tiempo que había perdido, partió dos cierres de su cortadora intentando ir más deprisa. Parecía que nada podía ir peor pero seguían aumentando los contratiempos. Ya finalizando la jornada, el pegamento que tenía no le alcanzó para mezclar su fórmula secreta de acabado, con lo cual lo dejó todo sin terminar. Desesperado, decidió irse a su casa pero no pudo ya que, cuando se disponía a marchar, su camión se negó a arrancar.

Por supuesto, el dueño de la granja se ofreció a llevarlo y observó que mientras recorrían los hermosos paisajes en el coche, el carpintero iba en silencio meditando, incluso parecía un poco molesto por los desaires que el día le había jugado.

Después de treinta minutos de recorrido llegaron a la casa del carpintero. En ese momento, en vez de despedirse, este lo invitó a quedarse a cenar y conocer a su familia. Mientras ambos se dirigían a la puerta de la casa, el carpintero se detuvo brevemente frente a un pequeño árbol de color verde intenso y muy hermoso. Acarició varias ramas con sus manos mientras admiraba sus preciosas hojas.

Cuando abrió la puerta de entrada, ocurrió una sorprendente transformación. Su bronceada cara estaba llena de sonrisas y alegría. Sus hijos se lanzaron sobre él dando vueltas en la sala. Le dio un beso a su esposa, lo presentó y se dispusieron a comer. Al finalizar la cena, ya despidiéndose, lo acompañó hasta el coche. Cuando pasaron nuevamente cerca del árbol, la curiosidad fue tan grande que el hombre no pudo resistirse a preguntar acerca de lo que le había visto hacer un rato antes. Le recordó su conducta frente al árbol. Entonces, el carpintero respondió: «¡Oh!, ese es mi árbol de los problemas». Y luego procedió a explicarse: «sé que no puedo evitar tener dificultades en mi trabajo, percances y alteraciones en mi estado de ánimo, pero una cosa sí es segura: esos problemas no pertenecen ni a mi esposa ni tampoco a mis hijos. Así que simplemente, cada noche cuando llego a casa, los cuelgo en el “árbol de los problemas”. Luego, por la mañana los recojo nuevamente porque tengo que solucionarlos. Lo divertido es, dijo sonriendo el carpintero, que cuando salgo por la mañana a recogerlos, no hay tantos como los que recuerdo haber colgado la noche anterior».

El dueño de la propiedad se subió a su coche meditando sobre la estrategia del carpintero. Entonces se dijo a sí mismo: «valió la pena el paseo de hoy». Cuando llegó, se dispuso a seleccionar su árbol de los problemas y, desde entonces, cada vez que llegaba a su hogar se dedicaba a colgar en él todo aquello que pudiera afectar a la paz y a la alegría de su familia.

Este relato, en el que vemos varios elementos de ficción, tiene un gran trasfondo que me ayudó a ver reflejados los tres conceptos que hemos estado citando.

El protagonista de esta historia tenía una ilusión: convertir una vieja propiedad en un hogar confortable. Esa ilusión le hacía albergar ciertas expectativas, ya que con esa re-

forma esperaba pasar más tiempo de calidad con su familia. A medida que avanza la historia, vemos que el personaje secundario cobra protagonismo y nos da una gran lección. El carpintero tenía como premisa fundamental no empañar la armonía y la felicidad de su familia con ningún aspecto laboral ni personal. Este hecho nos ayuda a reflexionar sobre la importancia de dejar aparcados ciertos problemas que puedan influir negativamente en el núcleo familiar.

Por supuesto, no quiere decir que no debamos compartir nuestras cargas personales, nuestros problemas o frustraciones con nuestros seres queridos, porque ellos son los primeros que nos pueden escuchar, comprender y ayudar a solucionar total o parcialmente aquello que nos ocurre. Este plano comunicativo es necesario e imprescindible en la familia, el problema aparece cuando pasamos únicamente de comunicar nuestros problemas a trasladarlos a las personas que nos rodean, proyectando en ellas nuestra rabia o frustración. Este es el punto crucial que debemos evitar para mantener, siempre que sea posible, un ambiente pacífico y agradable.

Finalmente, el cuento nos introduce un elemento de ficción: “el árbol de los problemas”, que sirve para albergar todo aquello que le sucede al carpintero y que no quiere traspasar a su familia. Como cristianos, no disponemos de un “árbol de los problemas” sino que tenemos la gran ventaja de contar con el Ser que los puede solucionar. Tenemos a Dios en nuestra vida para contarle y poner en sus manos todo aquello que nos preocupa, sabiendo que en él tenemos la mejor fuente de sabiduría y ayuda posible.

Conclusión

Tras estas reflexiones, no puedo más que proponer para la construcción diaria de la familia, el mantenimiento y la mejora del proyecto que todos iniciamos tiempo atrás, seguir soñando e imaginando como este irá creciendo, fortaleciéndose y perfeccionándose. No dejar de tener expectativas, puesto que siempre hay nuevas metas y horizontes por alcanzar. Asimismo, propongo mantener el núcleo familiar lleno de alegría, intentando no enturbiarlo con elementos externos que no aporten algo positivo. Y, por último y lo más importante, albergar la esperanza de mantener la familia siempre unida ya que esto es lo que le da sentido e ilusión, saber que ese núcleo permanecerá firme y bendecido por la eternidad.

El caso de la familia moderna



Como hija de padres divorciados, muchas veces sentí el deseo de formar parte de una familia “normal”. ¿Y qué entendía yo por familia normal? Pues, probablemente, lo mismo que muchos de vosotros: una madre, un padre y unos hijos, biológicos, por supuesto. En aquella época era una rareza no tener una familia así, hoy en día ya no.

Cabría preguntarse entonces qué es una familia. ¿Es un grupo de personas unidas por unos lazos de sangre? ¿Individuos que comparten unos cromosomas? ¿Conjunto de seres entre los que se han establecido relaciones de afecto? Sin duda, estas definiciones son parciales y dejan fuera del prototipo muchas otras realidades. Realidades actuales, sí, pero no modernas, pues desde que el mundo es mundo hubo familias que no encajaban en el concepto de “normal”.

En la Biblia podemos encontrar numerosos ejemplos de ello:

- **Familias en las que los hermanos provienen de diferentes progenitores.** Como las familias patriarcales, que vivían como un clan integrado no solo por los hijos de varias madres, sino también por las esposas de estos, los nietos, etcétera. Es el caso, entre otros, de la familia de Jacob, quien tuvo dos esposas y dos concubinas con las que engendró un total de doce hijos, patriarcas de las doce tribus de Israel.

Este es un ejemplo de hasta qué punto las rencillas entre parientes pueden llegar demasiado lejos. Conocemos bien la historia de la difícil relación entre José y sus once hermanos, y cómo estos, en un arrebato de celos, lo vendieron como esclavo. A pesar de ello, años más tarde, José los reconoció como hermanos: «Yo soy José, vuestro hermano, a quien vendisteis a Egipto. Pero ahora, por favor no os aflijáis más ni os reprochéis el haberme vendido» (Génesis 45: 4-5). La de José es una historia de reconciliación familiar que enseña la lección más importante para una sana convivencia: el perdón de las ofensas. «Luego José, bañado en lágrimas, besó a todos sus hermanos. Solo entonces se animaron ellos a hablarle» (vers. 15). A pesar de la terri-

ble traición, José veló por su familia desde su posición privilegiada social y económicamente, pues entendió que Dios había convertido esa situación en una bendición para todo su clan.

- **Familias compuestas por personas sin vínculo sanguíneo.** Rut y Noemí, dos mujeres unidas por la desgracia pero también por el amor, el respeto, el compañerismo, el deseo de protección la una hacia la otra. Con la sencilla afirmación «*Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios*», Rut le expresó a su suegra mucho más que eso. Le dijo que deseaba seguir junto a ella porque disfrutaba de su compañía, porque quería aceptar a ese Dios que ella le había mostrado, porque quería cuidar de ella aunque eso supusiera dejar su entorno y alejarse de la posibilidad de volver a casarse y formar un hogar. «*Pero Rut respondió: “¡No insistas en que te abandone o en que me separe de ti! Porque iré adonde tú vayas, y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Moriré donde tú mueras, y allí seré sepultada. ¡Que me castigue el Señor con toda severidad si me separa de ti algo que no sea la muerte!”*» (Rut 1: 16-18, NVI).

Esta es también una gran lección para las mujeres que tienen o tendremos nuera algún día, pues seguro que Noemí fue una suegra bondadosa, respetuosa, cariñosa, casi una madre, o mejor. Y Rut la recompensó cuidando de ella más allá de su obligación social. Ellas, que ya no eran ni familia política, dos mujeres solas en un mundo hecho por y para hombres, se unieron más que muchas familias “de sangre”. Y a ellas se unió más tarde Booz.

Cristina Andreu Lozano
Profesora de matemáticas
y economía en el CEAS

- **Familias monoparentales.** Son varios los ejemplos que podemos citar en los que ya fuera por viudedad, abandono u otra causa, un solo adulto se hacía cargo de la crianza de uno o más niños:

Es el caso de la viuda de Sarepta y su hijo (1 Reyes 17: 12), conocida por servir al profeta Elías lo último que tenían para comer, fue recompensada por Dios que no permitió que pasaran escasez en los tres años de sequía. Esta mujer es citada en el Nuevo Testamento como ejemplo de fe (Lucas 4: 24-26).

Además está la viuda con dos hijos a quien Eliseo ayudó, librándolos de ser vendidos como esclavos, gracias a la multiplicación del aceite que tenían para así poder venderlo y pagar sus deudas (2 Reyes 4: 1-7). Pero también es el caso de muchas otras mujeres que crían solas a sus hijos después de un divorcio. Basta con leer el capítulo 54 de Isaías para ver el cuidado especial de Dios hacia este colectivo. «No temas, porque no serás avergonzada. No te turbes, porque no serás humillada. Olvidarás la vergüenza de tu juventud, y no recordarás más el oprobio de tu viudez. Porque el que te hizo es tu esposo; su nombre es el Señor Todopoderoso. Tu Redentor es el Santo de Israel; ¡Dios de toda la tierra es su nombre! El Señor te llamará como a esposa abandonada; como a mujer angustiada de espíritu, como a esposa que se casó joven tan solo para ser rechazada» (Isaías 54: 4-6). Y sabiendo cuál es la principal preocupación de estas madres que se enfrentan solas a la difícil labor de educar a sus hijos, añade una promesa a la que aferrarse en los peores momentos: «El Señor mismo instruirá a todos tus hijos, y grande será su bienestar» (vers. 13).

Es también el caso de Mardoqueo y su prima Ester «a quien había criado porque era huérfana de padre y de madre. [...] la adoptó como su hija» (Ester 2: 5-7) No parece que Mardoqueo tuviera más hijos, o al menos, el relato bíblico no nos aporta esa información. Lo que sí se desprende del libro de Ester es el profundo cuidado de Mardoqueo hacia ella pues, una vez que es llevada a vivir en el palacio, se dice que «se paseaba diariamente frente al patio del harén para saber cómo le iba a Ester y cómo la trataban» (vers. 11). Del mismo modo ella velaba por él pues, al enterarse por sus criadas de que su primo andaba vestido de luto (con sus vestiduras rasga-

das y ceniza en la cabeza) «se angustió mucho y le envió ropa a Mardoqueo para que se la pusiera en lugar de la ropa de luto» pero como él no la aceptó «ordenó que averiguara qué preocupaba a Mardoqueo y por qué actuaba de esa manera» (Ester 4: 4-5). Esta es una historia de salvación en muchos sentidos. Mardoqueo salva a Ester al adoptarla, pero Ester, por la gracia de Dios, salva a todo el pueblo judío de la muerte.

- **Familias de huérfanos o abandonados.**

Es el caso de María, Marta y Lázaro. Existen buenas razones para afirmar que estos tres hermanos se las tenían que apañar sin la presencia de unos progenitores. Marta probablemente era la que ejercía de “madre” al ser la más preocupada por los quehaceres domésticos (Lucas 10: 38-42). Y son ellas, las hermanas, las que recibieron el consuelo de «muchos judíos [que] habían ido a casa de Marta y de María, a darles el pésame por la muerte de su hermano» (Juan 11: 19). En el texto no se mencionan familiares ni cercanos ni lejanos. Y esta es la familia desestructurada que Jesús eligió como amigos en toda la amplitud de su significado («Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro», vers. 5), con quienes disfrutó pasando su tiempo de descanso y en cuya casa decidió pasar su última semana como hombre, la semana de la pasión (Marcos 11).

- **Familias reconstruidas.** Son llamadas así las que después de una pérdida o una ruptura se unen de nuevo en matrimonio a otras personas, aportando uno o ambos cónyuges hijos del matrimonio anterior. ¿Era la de Jesús una familia así? Este es un tema controvertido entre los cristianos. En la Biblia se menciona a los hermanos y las hermanas de Jesús sin especificar si estos eran hijos o no de María (Mateo 13: 55). Muchos autores creen que eran hijos de José, pero no de María. En este sentido, Elena White, en el capítulo 9 de *El Deseado de todas las gentes* dice hablando de Jesús: «Sus hermanos, como se llamaba a los hijos de José» y más adelante, en el mismo capítulo, «Todo esto desagradaba a sus hermanos. Siendo mayores que Jesús, les parecía que él debía estar sometido a sus dictados», de lo que se desprende que, al casarse con María, José formó lo que denominamos una “familia reconstruida” compuesta en este caso por María,

José, los hijos de José y Jesús. Lo cual da sentido a la petición de Jesús a su querido amigo Juan, cuando en la cruz dice: «Mujer, ahí tienes a tu hijo. [...] Ahí tienes a tu madre» (Juan 19: 26-27). De haber tenido otros hijos, María no habría quedado al cuidado de Juan.

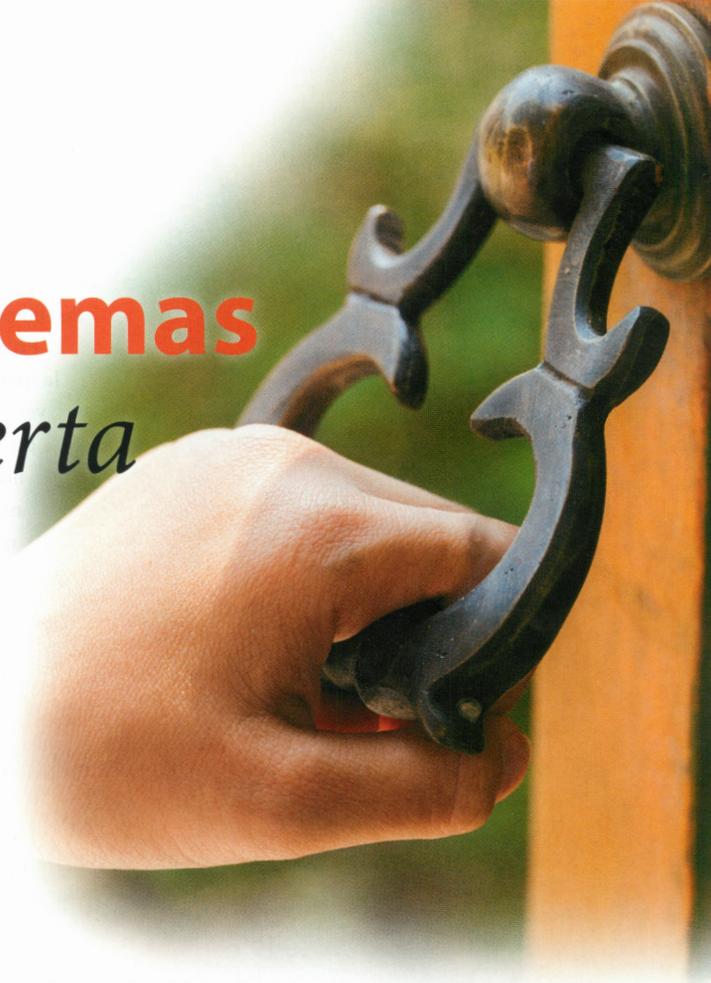
Así pues, sin ser estas familias ideales (ideal: Modelo perfecto que sirve de norma en cualquier dominio), fueron familias idóneas (idóneo: adecuado, apropiado, conveniente, especialmente para desempeñar una función). Familias que no cumplían el arquetipo edénico pero sí la función para la cual fue creado por Dios: la de cobijar bajo su manto a todos sus miembros, unidos por lazos más fuertes que los de la sangre.

Ante esta gran variedad de modelos de familia, la iglesia y sus miembros no pueden sino adoptar una postura inclusiva de todas las realidades en el seno de la gran familia espiritual, esa a la que Pablo llama la familia de la fe (Gálatas 6: 10). Por tanto, dejando de lado de qué tipo de familia venimos, el apóstol nos dice que «por medio de él tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu. Por lo tanto, ya no sois extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Efesios 2: 18-19).

La iglesia forma una comunidad en la que todos debemos tener cabida. Una comunidad que puede y debe dar consuelo a todos aquellos que se sienten desprotegidos, faltos de afecto, necesitados de apoyo emocional, económico o práctico. Un conjunto de personas que actúe como una tribu, preocupada por el bienestar común por encima del individual como estrategia de supervivencia, pero sobre todo, como fruto del Espíritu.

¿Te has preguntado alguna vez qué puedes hacer por las otras familias de la iglesia? ¿Podría una madre experimentada servir de apoyo a una primeriza? ¿O podríamos, junto a nuestros niños, alegrar la vida de algún anciano o anciana que se sienta solo/a? ¿U ofrecernos a reparar alguna cosa estropeada en su casa, si tenemos ese don? Cada uno aportando lo que es, lo que sabe o lo que tiene, formando un vínculo de amor con aquellos con los que compartiremos la eternidad, cuando «las naciones de los salvos no conocerán otra ley que la del cielo. Todos constituirán una familia feliz y unida, ataviada con las vestiduras de alabanza y agradecimiento» (Elena White. *Profetas y reyes*, pág. 541).

Cuando los **problemas** llaman a la puerta



Hoy no es necesario insistir en el tan evocado tema del mal estado de las relaciones, especialmente en el ámbito matrimonial y familiar. Parece evidente que los informativos de cada día y los problemas de entendimiento de todo género, que se observan en cualquier lugar de nuestro mundo, reflejan el pensamiento de Phillip C. McGraw al respecto: «Las relaciones, en general, y los matrimonios y las familias, en particular, se están desintegrando ante nuestros ojos. Las familias olvidan su propósito y, en cambio, se manifiestan sentimientos de violencia doméstica, disfunciones emocionales y abusos».¹

En nuestras iglesias, en la sociedad y en todo el mundo, tenemos necesidad de las enseñanzas de Jesús, de su ejemplo, de su amor y del poder de su vida victoriosa obrando en la nuestra. De otra forma, no será posible que haya «un cambio definido en los principios y los propósitos de la familia humana»; lo cual es necesario en la vida espiritual, especialmente cuando los problemas llaman a la puerta.²

El piloto rojo cumple una función importante

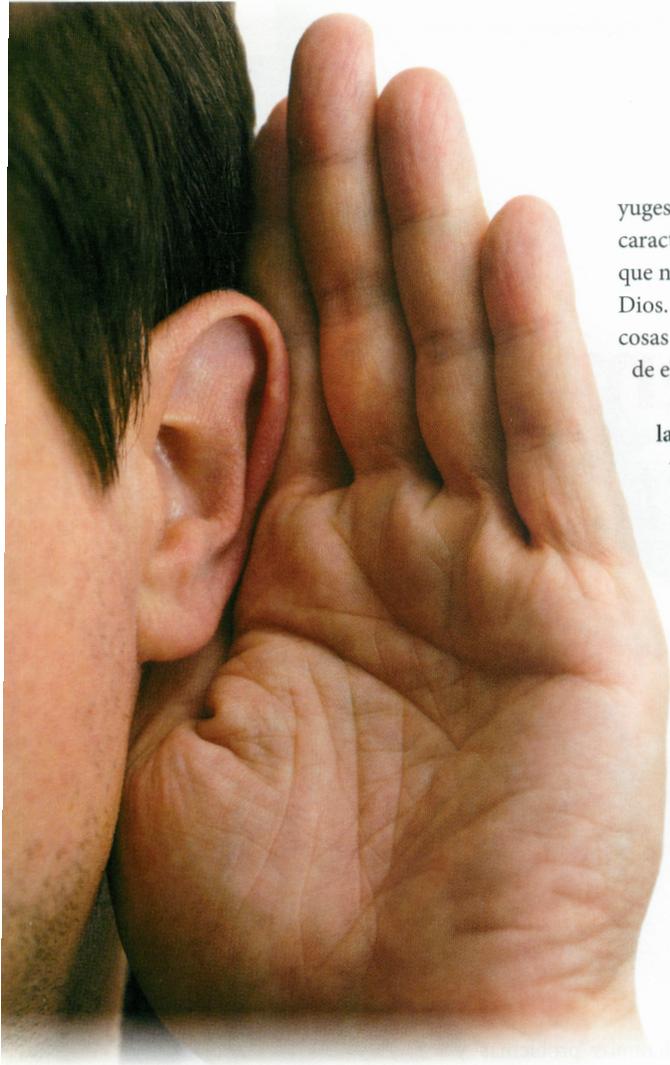
No desmontes la aldaba por si alguien te quiere llamar. Esto tenía que ver con las antiguas puertas que disponían de aldaba para que el visitante avisara de su presencia. En la vida cotidiana, hoy lo diríamos de otro modo, algo así como: «No desconectes el móvil por si alguien te quiere llamar»; o de esta otra forma, en el mundo del automóvil: «deja que el piloto rojo cumpla con su función, porque siempre advierte de cosas importantes». Lo cierto es que, en general, no son solamente las buenas noticias o las cosas agradables las que llaman a nuestra puerta. Debemos admitir que suelen ser bastante comunes y no menos fre-

cuentes esos asuntos que consideramos “problemas” y que, casi siempre, requieren de una solución.

¿Quién no se ha visto afectado en algún momento o circunstancia por algún problema imprevisto: accidente, pérdida de empleo, enfermedad o fallecimiento de un ser querido? Hoy, muchas familias se ven afectadas por problemas de orden económico. Otras, afrontan serios problemas de relación, especialmente con los hijos. Sin embargo, los principales problemas suelen ser de convivencia, aquellos cuyo origen se encuentra en las relaciones interpersonales, especialmente de pareja. Las dificultades alcanzan las cotas más altas cuando se llega al convencimiento de que se ha perdido el amor y, aparentemente, la relación no puede continuar.

Navegar es siempre mejor que naufragar. Cuando las dificultades adquieren carácter de “tormenta”, hay quienes piensan que es mejor dejarlo porque ha desaparecido el amor, o por incapacidad para hacerles frente. No obstante, recuerdo bien haber escuchado a un excelente profesor, la siguiente frase: «Es preferible la situación de un barco que navega bajo la tempestad a la de uno que se encuentra hundido en alta mar». La frase está cargada de lógica. Por mi parte, preferiría estar luchando contra una enfermedad, antes que haber perdido la vida, no importa de qué forma. Por otro lado, no olvidemos la advertencia de P. P. Sullivan: «Si usted está levantando una tormenta, no espere una navegación despejada».³ Es muy importante detectar el problema que se nos presenta y hacer una valoración precisa del mismo.

José Antonio Ortiz
Licenciado en Teología
Máster en Educación



Cuando algún problema llame a la puerta, préstale atención

En primer lugar, define el problema. Es importante que, ante cualquier situación que pudiéramos calificar de problemática, hagamos en primer lugar una correcta valoración del supuesto problema. Consideremos el siguiente ejemplo referente a los hijos: con frecuencia, la esposa y madre piensa que el esposo no debería usar un tono áspero con los niños. Él, a su vez, considera que ella es demasiado condescendiente con ellos. La esposa dice que el padre los castiga demasiado. El marido tiene la convicción de que ella los educa mal y que serán unos inútiles cuando sean mayores. Este conflicto se puede reproducir de generación en generación y puede mantenerse sin solución, mientras la familia sigue conviviendo; porque el hecho de no coincidir en ciertas apreciaciones sobre los hijos, nunca debe interpretarse como un rechazo puramente personal, como puede ocurrir en algunos casos.

Elena White dice al respecto: «Como familia, podemos ser felices o desgraciados. Eso depende de nosotros. Nuestra propia conducta determinará el futuro. Ambos con-

yuges necesitan suavizar las aristas de sus caracteres, y pronunciar solo palabras de las que no tengan que avergonzarse en el día de Dios. [...] Pueden llegar a discutir acerca de cosas que no valen la pena, y como resultado de ello obtendrán problemas».⁴

En cualquier caso, manifiesta siempre la mejor disposición. No será fácil resolver cualquier tipo de problema si cuando lo intentamos llevamos otro con nosotros mismos. Digámoslo con mayor claridad: si tienes un problema contigo, con tu propio carácter, no trates de resolver otro diferente sin haber resuelto primero el tuyo.

El relato que sigue le fue contado así a Leo Aikman: «Nuestra familia de ocho hijos tenía un hermoso terreno con un huerto limitado por arbustos de lilas. Detrás de nosotros habitaban unas personas que acostumbraban a arrojar basura –zapatos viejos, prendas de vestir gastadas y toda clases de cosas inservibles– en nuestro huerto. Mis hermanos mayores y yo pensamos que a esos vecinos se les debería decir algo. Mamá, quien nunca estudió en la escuela, ni había oído hablar de psicología, nos dijo que saliéramos y recogiéramos lilas. Luego nos hizo llevar un ramo a cada una de las doce familias que vivían próximas a nuestro terreno, y decir que nuestra madre esperaba que les agradase el ramo. De algún modo ocurrió el milagro. Desde ese momento no hubo más basura».⁵

Afirma la voluntad. Es muy importante que seamos hábiles para manejar el timón de nuestra propia vida; que seamos capaces de dirigirla hacia el éxito, evitando todo tipo de fracaso. Este hecho adquiere una mayor relevancia cuando existen otras vidas que dependen de nuestras decisiones. Se ha escrito: «Hagamos del hogar un sitio donde moren la alegría, la cortesía y el amor. De este modo se transformará en un lugar atractivo para los niños. Pero si los padres se mantienen en constantes problemas, y se muestran irritables y críticos, los niños adoptarán el mismo espíritu de disconformidad y contienda, y el hogar llegará a ser el sitio más miserable de la tierra».⁶

En ocasiones, puede ser una tarea poco fácil; no obstante, la misma autora ha dicho: «Por medio del debido ejercicio de la voluntad puede realizarse un cambio completo en vuestra vida».⁷ Lo verdaderamente difícil

para todo hombre y mujer es lograr esto con nuestros propios recursos humanos. Aquí tenemos que reconocer la sabiduría de Pablo cuando dice: «Dios es quien produce en vosotros tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad» (Filipenses 2: 13). Esta es la verdadera fórmula del éxito. No existe otra.

La fórmula del éxito

Experimenta el poder de la fe. Es muy difícil para un ser humano finito y vulnerable, como lo somos en este mundo, aceptar diferencias, dificultades, problemas y, de manera especial, a ciertas personas. Debemos reconocer que en algunos casos resulta extremadamente difícil. Sin embargo, es necesario reconocer el poder de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo obrando en nuestra vida. «Si los hombres se fijaran más en la enseñanza de la Palabra de Dios, encontrarían soluciones a problemas que los dejan perplejos».⁸

Acepta a tu pareja y a tu familia, y no rechaces las diferencias. Piensa en los valores que habéis compartido, fomenta la autoestima de tu pareja y de los tuyos, y ten siempre presente el futuro que quieres para tus hijos. Vence la adversidad, enfrenta las dificultades con el poder del evangelio y confía en quien puede darte la mejor solución. El salmista dice: «confía en él, y él actuará» (Salmo 37: 5); y el Señor te dice: «Velaré por ti» (Salmo 32: 8); «¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, y dejar de amar al hijo que ha dado a luz? Aun cuando ella lo olvidara, ¡yo no te olvidaré!» (Isaías 49: 15).

Los vencedores encuentran maneras de sobreponerse y aderezar las circunstancias. Se atribuye a Helen Keller la siguiente reflexión: «Aunque el mundo está lleno de sufrimiento, también está lleno de victorias sobre el sufrimiento».⁹ Pero los cristianos no estamos llamados a ser meramente «vencedores»; estamos llamados a ser «más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Romanos 8: 37; cf. 1 Juan 5: 4-5).

Confía en el poder del Espíritu Santo. Si aceptamos la idea de que un matrimonio ha muerto cuando los cónyuges dejan de amarse, entonces estaríamos haciendo depender el pacto matrimonial, no de una promesa de fidelidad hasta la muerte, sino de un mero estado de inestabilidad emocional que puede ser alterado en función del primer contratiempo que sobrevenga. ¿Cómo se puede obtener el amor? Se reconocen como ingredientes im-

portantes para alcanzar la felicidad, la salud, “el amor” y las emociones positivas, la empatía, la libertad, el autocontrol, la motivación, la fortaleza y la grandeza de espíritu, entre otros. Sin embargo, algunos de ellos nunca serán posibles sin la presencia del Espíritu Santo.

¿Podríamos reconocer el valor y la trascendencia del poder de Dios obrando en los corazones humanos? Cuando se reconoce el poder y la autoridad de la Palabra de Dios, no estamos autorizados a decir: «hemos perdido el amor», o «ya no nos amamos», porque lo que estaríamos haciendo, en ese caso, sería poner en duda el poder del Espíritu Santo obrando en nuestras propias vidas. El amor no podemos crearlo o generarlo los seres humanos, porque es un don de Dios, porque solo «Dios es amor» (1 Juan 4: 8 y 16). Esta es la única fórmula para el éxito; no busques otra porque no existe. El amor es la primera expresión, el primer efecto, del fruto del Espíritu Santo (cf. Gálatas 5: 22). Tenemos la mejor receta, la mejor fórmula, ¿por qué no la usamos con plena confianza en el Terapeuta Supremo?

Dios también escucha los golpes en la puerta. «Ninguna cosa que de alguna manera

afecte nuestra paz es tan pequeña que él no la note. No hay en nuestra experiencia ningún pasaje tan oscuro que él no pueda leer, ni perplejidad tan grande que él no pueda desenredar. Ninguna calamidad puede acaecer al más pequeño de sus hijos, ninguna ansiedad puede asaltar el alma, ningún gozo alegrar, ninguna oración sincera escaparse de los labios, sin que el Padre celestial esté al tanto de ello, sin que tome en ello un interés inmediato».¹⁰

1. Phillip C. McGraw, *Salvar el amor*, pág. 17.

2. Cf. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 71.

3. Cf. Stephen R. Covey, *Grandeza para cada día*, pág. 341.

4. *Mente, carácter y personalidad*, t. 2, p. 519.

5. Cf. Covey, *Ibid.*, pág. 386.

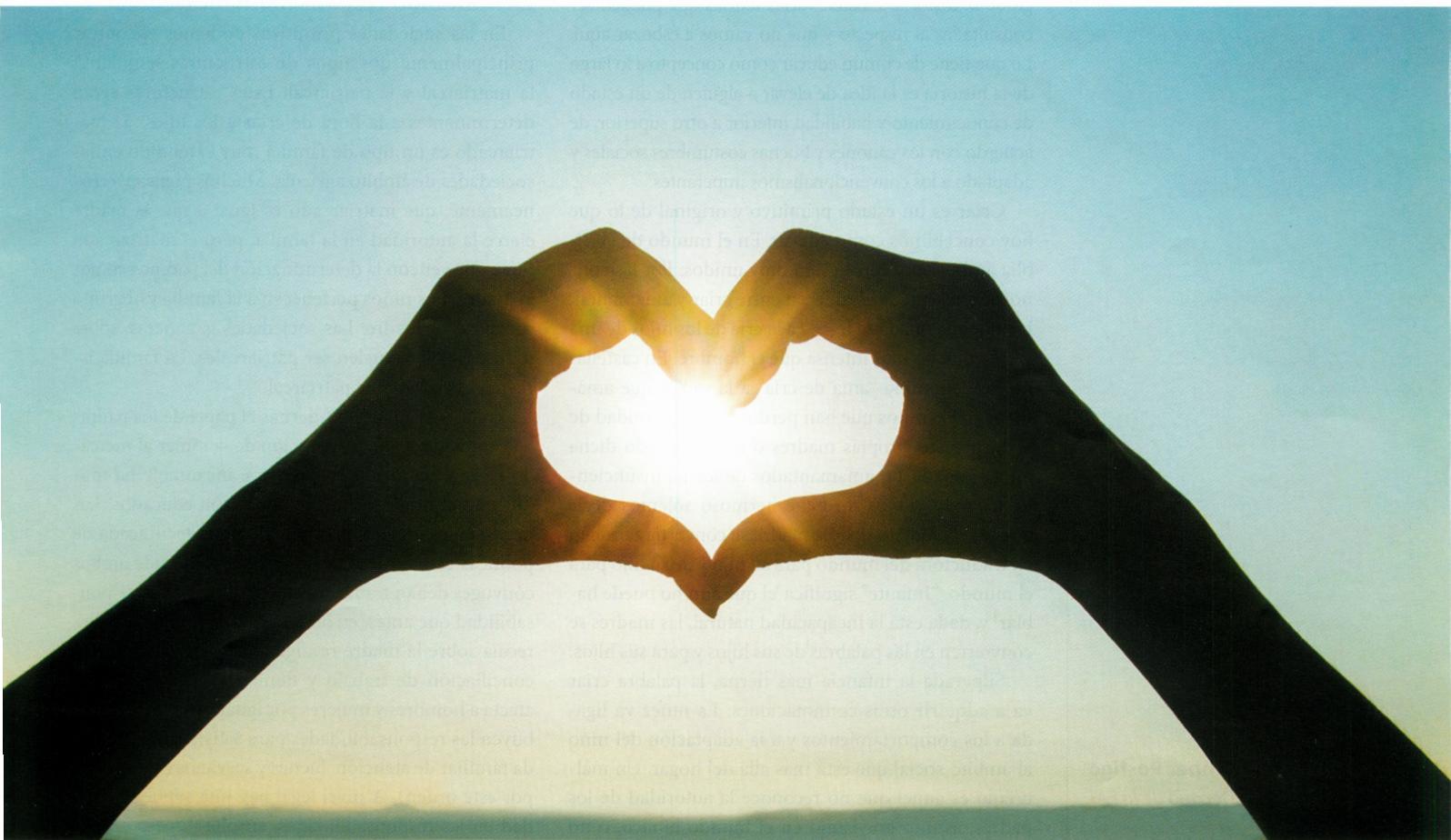
6. *Consejos sobre la salud*, pág. 99.

7. *El camino a Cristo*, pág. 50.

8. *El ministerio de la bondad*, pág. 203.

9. Cf. Covey, *Ibid.*, p. 359.

10. *El camino a Cristo*, pág. 100.





¡Vaya hijos *que* has criado!

Educar no es un asunto fácil, ni es un asunto baladí, ni tampoco es competencia exclusiva de uno de los cónyuges. La comprensión de lo que significa educar ha cambiado profundamente a lo largo de la historia. Existen varias teorías que pueden ser consultadas al respecto y que no vamos a esbozar aquí. Lo que tiene de común educar como concepto a lo largo de la historia es la idea de elevar a alguien de un estado de conocimiento y habilidad inferior a otro superior, de acuerdo con los cánones y buenas costumbres sociales y adaptado a los convencionalismos imperantes.

Criar es un estado primitivo y original de lo que hoy concebimos como educar. En el mundo de la Biblia ambos conceptos están muy unidos. Por las connotaciones que se establecen entre criar y amamantar, la mujer ha quedado ligada a la cría de los hijos de una forma mucho más intensa que el hombre. En castellano, se denomina “ama de cría” a la mujer que amamanta a los niños que han perdido la oportunidad de serlo por sus propias madres o que, teniendo dicha oportunidad, son amamantados de forma insuficiente. Cuando vemos un bebé hermoso solemos decir que está “bien criado”. La madre se convertía también en traductora del mundo para su hijo y de su hijo para el mundo. “Infante” significa ‘el que aún no puede hablar’ y, dada esta la incapacidad natural, las madres se convierten en las palabras de sus hijos y para sus hijos.

Superada la infancia más tierna, la palabra criar va a adquirir otras connotaciones. La niñez va ligada a los comportamientos y a la adaptación del niño al ámbito social que está más allá del hogar. Un malcriado es aquel que no reconoce la autoridad de los padres, asunto gravísimo en el mundo bíblico, o no

sabe comportarse de forma adecuada en sociedad. Normalmente esto se convierte en medida de la virtud del individuo y lo remite a una posición social.

Delimitando responsabilidades

En las sociedades primitivas podemos encontrar principalmente dos tipos de estructuras familiares: la matriarcal y la patriarcal. Estas estructuras serán determinantes a la hora de criar a los hijos. El matriarcado es un tipo de familia muy extendido en las sociedades de ámbito agrícola. Muchos piensan, erróneamente, que matriarcado es igual a que la madre ejerce la autoridad en la familia, pero el matriarcado tiene que ver con la determinación del parentesco por la madre. Los niños pertenecen a la familia y al grupo social de su madre. Las sociedades ganaderas, sobre todo pastoriles, suelen ser patriarcales. La familia israelita es claramente patriarcal.

En las sociedades modernas el papel de los padres ha cambiado. La incorporación de la mujer al mercado laboral de forma progresiva e inexorable ha modificado el modo en que los hijos son educados. Las necesidades creadas por una sociedad tecnificada de políticas económicas liberales han hecho que ambos cónyuges deban trabajar. Esto significa que la responsabilidad que antes, en las sociedades preindustriales, recaía sobre la madre recaiga ahora sobre ambos. La conciliación de trabajo y familia es un asunto que afecta a hombres y mujeres por igual. Ambos se distribuyen las responsabilidades para satisfacer la demanda familiar de atención, bienes y servicios (no siempre por este orden). A nivel legal hay una supuesta paridad en las responsabilidades, en plural; pero a nivel

Antonio López Postigo
Decano de la FAT

espiritual, las exigencias no son así, no cabe el plural. La responsabilidad de criar y educar a los hijos es única. Los hijos son responsabilidad de sus padres ante a Dios. Él no demandará más de uno que de otro, la separación es ficticia en el plano espiritual.

Modelos imperfectos

Un hombre y una mujer no son suficientes para educar a un hijo, al menos no espiritualmente. Los padres deben ser asistidos por el Espíritu Santo, no para que la educación sea perfecta, sino reparable y mejorada. Los padres nos equivocamos en algún momento. Esta circunstancia no debería desanimar a nadie. Dios conoce nuestra condición y sabe lo que somos.

Un ser de naturaleza caída y tendente al pecado, que se frustra en su lucha interior entre lo que es y lo que quiere ser no parece que sea el modelo idóneo. Pero no hay nadie mejor para educar a un ser de similares características, no en el sentido de lo que son si no en la lucha que supone lo que quieren ser. Cuando un padre cae y se levanta por la gracia de Dios o una madre yerra y rectifica por amor a su Creador está sentando las bases educativas de sus hijos, las únicas que pueden mostrar de forma realista y positiva cuál es la lucha que el hijo o la hija va a mantener el resto de su vida.

La sociedad es el entorno inadecuado en el que se desarrollan las culturas y los planes educativos. Ninguna sociedad humana es buena, ninguna refleja a Cristo. A veces tendemos a confundir educación cultural con educación espiritual. Si bien es cierto que nuestra cultura nos proporciona los parámetros en los que valoramos la espiritualidad, también es cierto que esto es una forma de sacralizar la cultura que crea un racismo cultural que se extrapola a la educación espiritual.

En las culturas en las que el estado lo tutela todo, la familia se concibe como una extensión del mismo estado. Los sistemas totalitarios y los demócratas en los que ha imperado la cultura del bienestar han dado a luz sistemas educativos que obligan a los padres a instalarse en segunda fila respecto a determinadas áreas educativas.

Los profesores no son los responsables de la educación de nuestros hijos, los hijos se educan en casa y aprenden en las instituciones educativas. Educar y enseñar no son la

misma cosa. Criar a un hijo implica mucho más que una mera transmisión de información. Enseñar es dar, educar es darse.

No es ni la mujer en exclusiva ni el estado los que deben responder a la cuestión de quién es el responsable de los hijos. Solo los que han recibido hijos deben responder a la pregunta divina: «¿Qué hiciste con los hijos que te di?» Porque los creyentes sabemos que nuestros hijos son, primeramente, de Dios.

La pregunta de las preguntas

«¿Qué hiciste con los hijos que te di?»

Pienso en los modelos de padre y madre que nos da la Biblia y encuentro dos que me resultan sorprendentes: el padre del hijo pródigo y la madre de Santiago y de Juan.

El padre del hijo pródigo es el modelo de padre que Jesús escoge para representar a su Padre en relación a nosotros mismos. Vamos a analizar el título de esta reflexión en tres momentos diferentes del relato.

1. En el comienzo de la narración aparece un hijo que no quiere estar ni con su padre ni con su hermano. No quiere estar en casa porque siente que la presencia de su padre es un atentado contra su libertad, quiere marcharse con lo suyo para hacer lo que realmente desea: pasarlo muy bien. No se contiene en el consumo, no planifica para el mañana y traspasa los límites morales. Es aquí donde primero podríamos reprochar al padre: «¡Vaya hijo que has criado!» La conducta del hijo no deja muy bien parado al responsable de su crianza, que aparece como excesivamente comprensivo, demasiado permisivo, ama “demasiado”.
2. Después está el padre que cada día escruta el horizonte en busca de su hijo porque espera que vuelva. Es la imagen dolorosa y patética de un padre paciente y esperanzado. Esta imagen nos entenece, aquí el reproche se convierte en lamento compartido: «¡Vaya hijo que has criado!» Aquí quien no sale muy bien parado es el hijo, ¿cómo puede un padre así de bueno haber criado a un hijo tan malcriado? El hijo no tiene solución, es un díscolo.
3. Por último tenemos el momento final, el desenlace de la historia. El hijo vuelve en sí porque cuando se va, no lo está. Es un loco que no puede hacer otra cosa que locuras. Recuerda cómo fue criado, lo bien educado que su padre había procurado que fuera, ¡hasta los sirvientes están me-

jor criados que él! Vuelve a casa apesadumbrado y piensa en decirle a su padre: «¡Vaya hijo que soy a pesar de tu crianza! ¡Vaya hijo que has criado!» Aquí suena a reproche y censura propia; la exclamación se convierte en confesión descarnada. El padre no oye a su hijo, solo lo abraza y lo besa. El padre es feliz porque está en casa el hijo que ha criado. El padre no puede dejar de apreciar la buena crianza de su hijo, pues no lo preparó para que no se equivocase sino para ser capaz de rectificar y volver a la casa de su padre. Esto es lo que también ocurre con el hijo mayor, circunstancia que deja la historia abierta. Aquí no aparece ninguna madre.

La madre de Santiago y Juan es una madre. Quiere que sus hijos estén bien posicionados, como todas las madres. No duda en intervenir para beneficiar a sus hijos, como todas las madres (Mat. 20: 20-22).

No podemos pedirle a las madres ni a los padres que no se equivoquen, sería inhumano. No podemos pedirle a una madre que no abogue por sus hijos, ni podemos esperar que no quiera para ellos lo mejor. Una madre es una madre. Esta madre seguía a sus hijos y estos seguían a Jesús. Estoy seguro que ella pensaba que sus hijos no podían estar en mejor lugar que junto a Cristo. Aun así se equivocaba. Ella había criado unos hijos brillantes, a dos líderes natos. Esta madre no pide nada descabellado desde una visión puramente humana. Cualquiera que viese a los «hijos del trueno» diría con razón: «¡Vaya hijos que has criado!» Sería un grito de admiración y respeto (cuando no miedo). Zebedeo no aparece por ningún sitio, no le pide a Jesús ningún favor para sus hijos, pero la madre sí. Jesús tenía un destino mejor para Juan y Santiago que el que puede proceder del amor de una madre. Esta mujer permaneció frente a la cruz sosteniendo a María, la madre de Jesús (Mat. 27: 56).

Conclusión

Dios nos da los hijos para que los criemos y eduquemos. La responsabilidad es de aquellos a quien Dios se los da: padre y madre. Solo con la ayuda y asistencia divina podemos criar bien a nuestros hijos. La crianza da como resultado la capacidad de reaccionar ante la caída y el pecado, volviendo a Dios, nuestro Padre. Esperamos que cuando nuestros hijos crucen el umbral del cielo, Dios nos diga: «¡Vaya hijos que habéis criado!»



El décimo mandamiento y la familia

¿Te has detenido a reflexionar en los Diez Mandamientos alguna vez? Espero que sí. En caso contrario te invito a hacerlo con calma. Por ahora me gustaría que te concentraras en el último, a saber, el décimo: «No codicies la casa de tu prójimo: No codicies su esposa, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca» (Éxodo 20: 17).

¿Te das cuenta de lo que dice este versículo? Es posible que el verbo codiciar no forme parte de tu vocabulario o al menos que no lo uses con cierta regularidad. Se trata de un verbo muy interesante. Codiciar significa «desear con ansia las riquezas u otras cosas» (*Diccionario de la Real Academia Española*); conlleva ambicionar, apetecer, suspirar por algo. Una persona insatisfecha e infeliz consigo misma es proclive a la codicia. A través del décimo Mandamiento, Dios nos pide que hagamos lo contrario de codiciar, es decir, sentirnos satisfechos y felices con lo que tenemos. En Hebreos 13: 5 lo dice de una manera directa: «Contentaos con lo que tenéis».

Por lo tanto, el décimo mandamiento es un precepto que tiene que ver con sentirnos satisfechos con lo que Dios nos ha dado y disfrutar los espacios de felicidad que ha abierto para cada uno de nosotros en este mundo.

Por supuesto que el concepto de ser feliz con lo que uno tiene es muy amplio. No obstante, considero que hay tres aplicaciones relevantes que se desprenden de este mandamiento para establecer mejores relaciones entre los miembros de la familia.

1. **Acéptate como eres.** Uno de los grandes problemas de la sociedad contemporánea es la insatisfacción. Esta actitud se presenta particularmente en la juventud y es una de las principales causas de la drogadicción, el fracaso escolar, el sexo prematrimonial, la desorientación, etcétera. Pero cuando en un matrimonio, uno o ambos cónyuges no se aceptan como son, la situación se vuelve muy complicada. Lo cierto es que muchas personas no se aprecian como son. Les gustaría ser diferentes. No aceptan el color de su piel, su estatura, sus orígenes. Incluso se avergüenzan de su familia porque les parece de un nivel inferior a las de sus amigos. Sin embargo, la negación de las supuestas “desventajas” sociales no cambiará la realidad de una persona. En cambio, sí puede convertir a un individuo en un ser profundamente infeliz, amargado y miserable. No importan los buenos tiempos familiares o laborales, la insatisfacción y el desagrado con uno mismo arruinará cualquier situación interesante.

El aprecio hacia uno mismo nace de Dios (Marcos 12: 31). Satanás pretende convencernos de que no valemos nada, y muchos se lo creen. Pero Jesús nos ayuda a valorarnos a la luz del precio que él pagó en la cruz, a saber, su propia vida (Juan 3: 16). Por eso, aceptarte como Dios te hizo no es simplemente un buen consejo, sino un mandamiento divino. Ese cambio de actitud redundará en grandes beneficios personales y familiares.

Alejandro Medina Villarreal
Coordinador editorial de *Safeliz*

2. **Siéntete satisfecho con lo que tienes.**

¿Con qué recursos cuentas? ¿Tienes un chalé, un piso o una humilde vivienda? Lo que tengas, ¡disfrútalo! La vida es demasiado fugaz y mucha gente se la pasa anhelando lo que no tiene y concentrándose en sus carencias. La existencia humana no consiste en la cantidad de bienes que uno acumula. Pero parece que mucha gente busca desenfrenadamente el dinero, como si eso le trajera felicidad inmediata. Y cuando se da cuenta, se le ha ido la vida; tal vez tenga dinero, pero le faltan amigos, una linda familia, una fe sólida; ahora la queja es otra, pero la insatisfacción se agudiza.

Disfruta tu matrimonio; deléitate en tus hijos, si los tienes. Si eres una persona que goza de salud, ¿sabías que millones de personas padecen graves enfermedades? ¡Disfruta tu salud!

3. **Disfruta la vida que Dios te ha concedido.** De acuerdo con la Biblia, el gozo no es un buen deseo para un creyente deprimido, sino un fruto del Espíritu Santo y, por lo tanto, una realidad que se traduce en parte de la vida del cristiano (Gálatas 5:

22). Pero las Escrituras van más allá. Pareciera que nos ordenan (tal como el décimo mandamiento) alegrarnos en Dios. Es decir, experimentar el gozo es parte de la obediencia que el Señor espera de sus hijos. Por lo tanto, aprovechar los espacios de felicidad que Dios nos abre en este mundo es un aspecto básico del cumplimiento de la santa Ley de Dios. «*Alegraos siempre en el Señor. Insisto: ¡Alegraos!*» (Filipenses 4: 4). No se trata de entregarse a un sarcasmo vulgar y exhibir algazaras descompuestas por todas partes. Más bien, tiene que ver con manifestar el gusto por la vida que Cristo pagó por cada uno de nosotros.

¿Por qué me manda Dios ser feliz?

¿Acaso es posible la felicidad? ¡Claro que sí! El Señor nos creó a su imagen y semejanza, como seres creativos con la capacidad de imaginar proyectos para luego llevarlos a cabo. Los sueños y anhelos de los seres humanos no son motivo de molestia para el Padre celestial, al contrario, la Escritura dice: «*Ama al Señor con ternura, y él cumplirá tus deseos más profundos*» (Salmo 37: 4,

DHH). Pero Satanás es tan cruel que destruye las ilusiones humanas y amarga la existencia de la gente para que piensen que ser felices no es más que una utopía. Todavía peor, pretende convencer a los seguidores de Cristo que ser creyentes conlleva únicamente sufrimientos, tristeza y cansancio. Nada más falso. Tal vez por eso mucha gente ve al cristianismo como un obstáculo para ser feliz y, en cambio, la vida secular como la puerta hacia la satisfacción y la plenitud de la existencia.

¿Es posible la obediencia al décimo mandamiento?

Las Sagradas Escrituras aseguran que la obediencia de la Ley es un fruto del Espíritu Santo (Gálatas 5: 22-23); además, afirman que todo esto se logra a través de una sólida relación con Dios (Juan 15: 5). Ser feliz es una decisión personal y una actitud ante la vida donde Dios tiene mucho que ver. Hoy es tiempo de aceptar la ayuda divina y empezar a vivir una vida diferente. «*¡Alegraos, vosotros los justos; regocijaos en el Señor! ¡Cantad todos vosotros, los rectos de corazón!*» (Salmo 32: 11).



La **comunicación** en la pareja

Marcelo Carvajal Álvarez
Director de Educación FECS,
Universidad Adventista de Chile

Para que exista comunicación se necesitan tres elementos básicos: un mensaje, un emisor y un receptor. El mensaje, en el caso de la relación de pareja, adquiere características especiales pues no solamente tiene que ver con verbalizaciones, sino también con expresiones de afecto y comprensión y con una necesidad intensa de compartir experiencias.

De este modo comentan muchos la pérdida de comunicación en su matrimonio: «Ahora no conversamos casi nunca. Mi marido se queja de que casi no le hablo, pero si tratara de hacerlo no me escucharía, porque no nos interesan las mismas cosas».

Esta situación revela un problema de incomunicación y es una de las causas principales del aumento alarmante de divorcios a nivel mundial. Muchas parejas son conscientes de esta situación, pero no saben cómo superarla. Entonces, ¿en qué consiste la comunicación? Como ya mencionamos, siempre debe existir un emisor y un receptor del mensaje, quien a su vez asume la función de emisor cuando –esto es lo deseable– recibe el mensaje y lo retroalimenta mediante la emisión de otro. Esto quiere decir que para recibir hay que dar información.



La comprensión

Hay algo más que es fundamental en la comunicación de la pareja: la comprensión. No es suficiente que el receptor escuche el mensaje; es importante que lo comprenda. Para lograrlo, cada uno necesita conocer las características, los intereses y las necesidades psicológicas de su pareja. El hombre debe conocer la naturaleza femenina –en lo psicológico y en lo biológico–, y la mujer la masculina. Esto es fundamental, pues ayudará a evitar errores y a adoptar actitudes que favorezcan la buena comunicación; de lo contrario, puede volverse un mero intercambio de palabras.

Esto es lo que ocurre cuando no se expresan sentimientos y no se da cauce a la expresión de las emociones. Entonces, el propósito de toda comunicación –a nivel de pareja no es una excepción– radica en establecer una relación sana con el otro. A fin de lograrlo, es muy importante el manejo de las diferencias. Al respecto, Elena White dice: «Somos tan diferentes en disposición, hábitos y educación que varían nuestros modos de considerar las cosas. Juzgamos diferente [...]. Nuestras ideas en cuanto a la conducta de la vida no son iguales en todo respecto. No hay dos personas que tengan la misma experiencia en todo detalle. Las pruebas de uno no son las del otro. Los deberes que uno encuentra ligeros, son para otro muy difíciles y penosos» (*Obreiros evangélicos*, pág. 487).

¿En qué puntos surgen las diferencias? En el sexo, el temperamento, el nivel formativo, el origen familiar, el grado de expectativas, etcétera. ¿Cómo se pueden manejar las diferencias? La compatibilidad no se manifiesta al comienzo de la relación matrimonial; constituye un desafío a lograr. Dos personas nunca se parecerán en cada detalle. En consecuencia, hay que iniciar un proceso de adaptación, hay que descubrir maneras de complementarse, y hay que saber apreciar las características que el otro aporta. Si fuésemos iguales sería muy aburrido, ¿no?

La calidad de la relación también depende de la habilidad para expresarnos, ya sea verbalmente o mediante el lenguaje gestual. Los siguientes datos fundamentan lo que estamos destacando:

- La comunicación verbal, 7%.
- La comunicación por el tono de la voz, 38%.
- La comunicación no verbal, 55% (incluye expresión facial, postura corporal y gestos).

Desde el punto de vista, la comunicación más efectiva es la que matiza los diversos ti-

pos mencionados (por ejemplo, la manifestación verbal de aprecio acompañada de acciones: un regalo, una sonrisa, etc.).

Niveles de comunicación

Tratemos de determinar cuáles son los niveles de comunicación efectivamente deseables en la pareja.

- 1 **Nivel de conversación trivial.** Es el que corresponde a una conversación casual, que dice muy poco; es mejor que el silencio total. Se reduce a estas preguntas: «¿Cómo estás?» «¿Qué haces?», y otras formuladas sin intención. Normalmente generan frustración a causa de la ausencia de sentimientos, de genuino interés. Son típicas de este nivel las preguntas retóricas («¿Cómo te va?»), porque no esperan una respuesta. Una pareja que limita su comunicación a este nivel, está condenada al fracaso.
- 2 **Nivel de conversación acerca de hechos.** Corresponde a informaciones que se comparten sin incluir comentarios personales; es decir, sin comprometerlos con el mensaje. Decimos lo que ocurre, pero nos abstenemos de expresar lo que sentimos al respecto. La esposa pregunta: «¿Vas a salir?» «Sí». «¿A dónde vas?» «A la oficina». Son respuestas neutras y podrían ser otras; da lo mismo. Los maridos son más proclives a este nivel de comunicación. El hombre por naturaleza es menos comunicativo.
- 3 **Nivel de ideas y opiniones.** Aquí accedemos a la verdadera intimidad. Solo cuando expresamos lo que pensamos nos damos a conocer y permitimos que nos conozcan los demás. Aquí comienza la verdadera comunicación, pero no es la que se requiere para una feliz relación de pareja.
- 4 **Nivel de sentimientos y emociones.** Aquí describimos lo que sentimos, y también revelamos lo que pensamos acerca del otro o de alguna situación en particular. Es cuando expresamos ira, enojo, frustración, alegría y resentimiento. Al compartir experiencias y emociones, y al mostrar interés en los sentimientos del otro, permitimos que se enriquezca la relación. Los esposos que expresan sus emociones y se interesan de veras en su cónyuge, contribuirán significativamente a la relación de pareja. Resulta aconsejable combinar estos dos últimos niveles de comunicación.
- 5 **Nivel de apertura o de captación profunda.** Se logra cuando hay armonía en la comprensión, esto es, cuando no es solo

uno el que comunica, sino que los dos lo hacen con igual interés. También, cuando hay participación de ideales comunes, comparten proyectos e inquietudes, y juntos toman decisiones que afectan a la pareja y al grupo familiar. La satisfacción resultante confiere a la comunicación el nivel ideal.

Barreras en la comunicación

Hay factores que obstaculizan comunicación de la pareja. Uno que es muy común consiste en abusar de las órdenes o instrucciones, como también de los reproches y amenazas: «Ven acá», «Ordena tu ropa», «Verás lo que te va a pasar», «¿No te lo dije?», «Sabes muy bien que eso no se hace», y otros.

Peor aún es humillar al cónyuge, ya sea de manera directa o indirecta: «Eres torpe, no sabes hacer nada bien», «A ti te falta algo», «Tú, ¿pensando?»

Resulta muy grave para la relación de pareja cuando otros escuchan estas expresiones. No es raro oír a una esposa decir a sus amigos (a veces estando su esposo presente): «Juan no me da dinero para las necesidades de la casa», u otros comentarios. El esposo a su vez puede decirle a sus amigos que ella es una vaga, o que no es muy agradecida.

Hay también quienes gustan corregir a su pareja cada vez que abre la boca: «No, no fue el jueves, fue el viernes», «No, tu papá no lo compró; lo encontré en el suelo», y otros.

El que asume el papel de corrector es posible que tenga la razón, pero su actitud de superioridad causará heridas en el ego de su pareja que, fatalmente, atentarán contra la relación.

Es también muy negativa la actitud de monopolizar el papel de emisor, esto es, de ser permanentemente el único que habla y expresa sus necesidades o deseos, o el que deja claro quien tiene la última palabra. También, cuando los maridos exigen de sus esposas una sumisión completa, pretendiendo que no tienen voz ni voluntad, atropellan el propósito del matrimonio. Parafraseando el precepto bíblico: «Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis desapacibles con ellas».

Efectos de las emociones básicas

Los estudiosos señalan que son cuatro las emociones básicas: alegre, triste, enojado y asustado.

Solo una de ellas permite una comunicación positiva, completa y fácil. Las otras

tres, la dificultan. Por ejemplo, cuando uno adopta una actitud de superioridad (sermones, amenazas, juzgar las acciones del otro), causa enojo o tristeza, y, al autoensalzarse, expresa una infravaloración del otro: «Tú no sabes nada», «Yo siempre tengo razón», «No creo que tú puedas solucionar este problema».

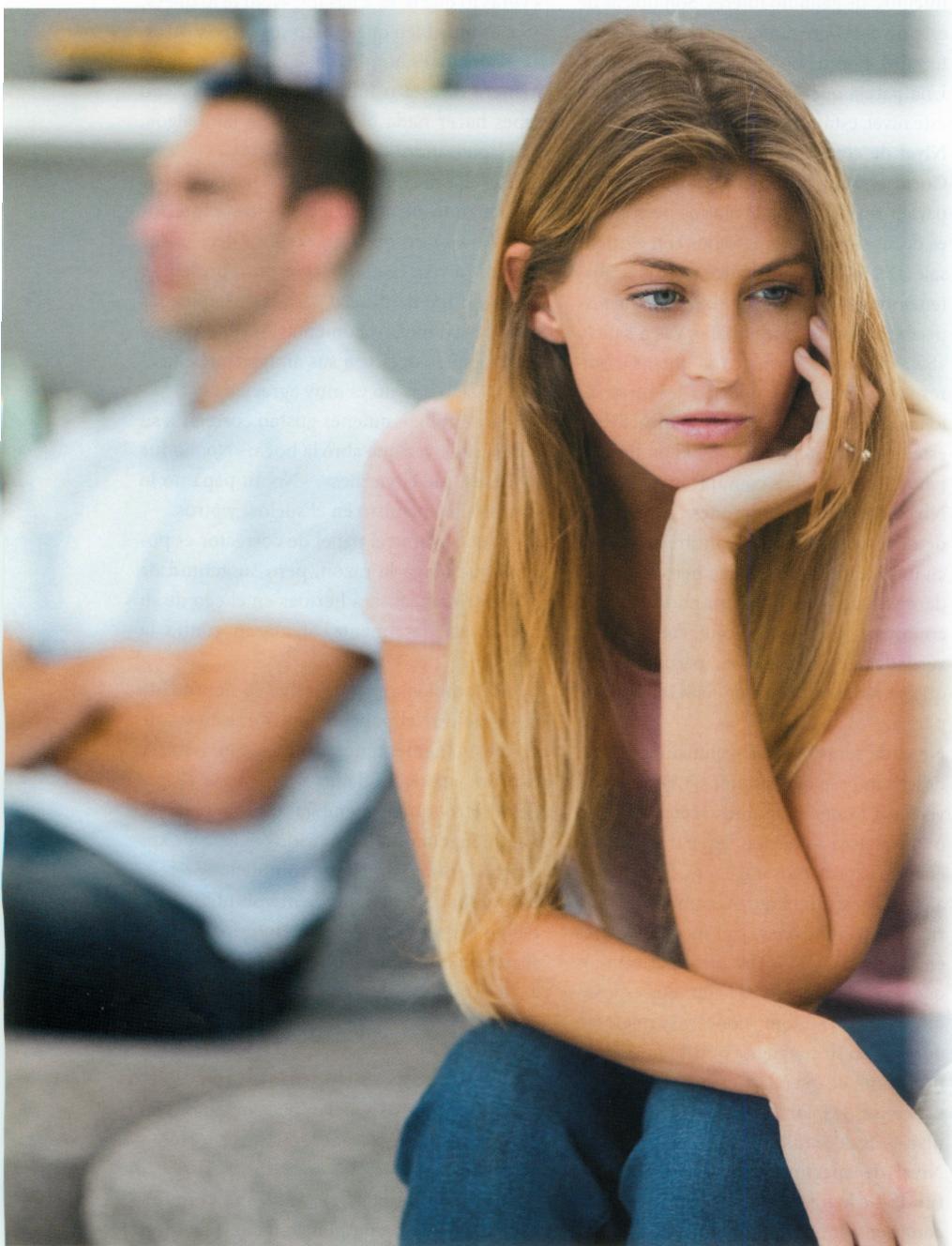
Por otra parte, hay personas que optan por el silencio como arma de presión, o como forma de expresar descontento o desacuerdo. De esta manera se busca causar daño psicológico al otro. ¡Y se logra también en lo físico y lo espiritual!

La actitud de silencio también puede deberse a un deseo de ocultar las preocupaciones y, al refugiarse en su mundo interior, lo hace para no tener que compartir sus emociones intensas o estresantes. Esta actitud errónea se fortalece cuando la persona no es bien comprendida y, en lugar de evitar provocar esta actitud, se la incentiva con pullas u observaciones hirientes. Es una actitud típica de los varones que tienen intención de no tratar de mala manera a la mujer, o de no mostrar debilidad delante de ella.

Factores que favorecen la comunicación

¿Qué factores resultan favorables para una adecuada comunicación?

- **Momentos oportuno.** Muchas esposas esperan que su marido regrese del trabajo para acusar a los hijos por las fechorías realizadas durante el día. Por supuesto que la reacción del esposo no será la esperada, ya que probablemente se encuentra cansado y quizás hambriento. Es fundamental esperar el momento propicio para tratar temas tan importantes como la conducta de los hijos.
- **Claridad.** También es fundamental expresar nuestras ideas o sentimientos de manera clara y específica. Se producen malos entendidos cuando no se presentan los asuntos en forma apropiada tratando de «adornar» el mensaje por temor a decir directamente lo que se pretende.
- **Tono de la voz.** Es conveniente usar un tono de voz suave y calmado, porque la forma como se dicen las cosas suele ser más importante que el mensaje. De manera que un esposo que desee ser escuchado con atención, debería descubrir si a su cónyuge le resulta fácil escucharlo.
- **Destacar lo positivo.** Otro factor importante es priorizar los aspectos positivos frente a los negativos. Cuando los mensajes expresan básicamente críticas, quejas, acusaciones, reproches, insultos, etcétera, es fácil sentir la tentación de cortar la comunicación. Por lo tanto, cada miembro de la pareja haría bien en favorecer el elogio, el reconocimiento, la tolerancia, la cortesía, el respeto y la paciencia, y demostrar sensibilidad cuando las emociones negativas se manifiestan. Resulta fundamental la comprensión empática de la que habla Carl Rogers, destacado psicólogo norteamericano: la capacidad de ponerse en el lugar del otro y afligirse o alegrarse con él. El saberse apreciado es un magnífico estímulo, es importante no considerar la manifestación de amor como una debilidad, pues este espíritu paraliza las corrientes de simpatía. Cuando se reprimen los impulsos de sociabilidad y generosidad, se refuerza el egocentrismo.
- **Buen trato.** En la comunicación de pareja es importante considerar el buen trato. Se piensa que no son precisos los modales corteses y las palabras cariñosas cuando se trata de personas pertenecientes al



entorno familiar o, incluso, al ámbito íntimo de la pareja. ¡Profundo error! La familiaridad no excluye la cortesía. Los ruegos siempre son más efectivos que las órdenes. Analicemos dos actitudes de esposas quejas por falta de atención:

- Esposa A: «¡Eres un desconsiderado! Trabajo todo el día como una esclava y tú llegas y te sientas a ver la televisión. Ni siquiera me miras!»
- Esposa B: «Querido, estoy cansada. Llevo una semana terrible. Necesito que me animes un poco».

La esposa A juzga y declara culpable a su esposo, despertando así una reacción contraria. Lo más probable es que se inicie una batalla verbal, si no de hecho. Difícilmente logrará su objetivo. En cambio la esposa B se limita a expresar lo que siente, por lo cual no hay nada que discutirle. Tiene más posibilidades de alcanzar sus objetivos.

No es difícil concluir que las expresiones ofensivas entorpecen la comunicación, en tanto que los mensajes personales impiden las reacciones contrarias. Es muy diferente expresar inquietud por la puerta que no cierra del todo bien, que insistir una y otra vez: «¿Cuándo vas a arreglar la puerta?» El mensaje personal, esto es, la expresión de los sentimientos, probablemente hará que el otro responda: «¿Por qué no me lo dijiste antes?»

- **Saber escuchar.** Es fundamental aprender a escuchar. Lo normal es que prefiramos hablar antes que escuchar, pese a lo sencillo que esto último parece ser. Cuando cada uno está demasiado ocupado en manifestar sus preocupaciones buscando simpatía y comprensión hacia sus propios problemas y no ofrece la oportunidad de escuchar los planteamientos del otro, la comunicación no se establece. Saber escuchar, entonces, quiere decir escuchar no solo las palabras que se dicen, sino también escuchar los sentimientos que se comunican y retroalimentarlos demostrando interés, aceptación y empatía genuinos.
- Por último, **para poder escuchar necesitamos aprender a interpretar el lenguaje**



no verbal, es decir, los pequeños gestos o posturas corporales que son a menudo tan expresivas o más que las palabras.

Los conflictos en la pareja

Los conflictos son inevitables en toda relación humana, también en la pareja, pues cada uno es una individualidad con sus propias percepciones. En consecuencia, lo importante es saber cómo resolverlos.

Hay quienes tratan de negar la existencia de conflictos, o intentan impedir que sus sentimientos se den a conocer. Esto no es lo mejor; los conflictos deben ser resueltos. Para ello hay que buscar el momento y el lugar adecuados. Nunca deben ventilarse los problemas de la pareja en presencia de otros, especialmente de los hijos.

Una vez iniciada la conversación, debe darse cauce a las inquietudes con franqueza, pero sin exabruptos ni expresiones de enojo. Es aconsejable buscar argumentos en favor de la posición que se sustenta. No es conveniente mezclar varios conflictos a la vez, sino circunscribirse a uno. La presentación de la posición propia en ningún caso significa no respetar la del otro. Las amenazas, los insultos, las alusiones hirientes a familiares, etcétera, son sumamente dañinas. Como las palabras ejercen mucha influencia para bien o para mal, es importante que el tono de voz nunca denote irritación.

Siempre será de utilidad analizar las posibles soluciones al conflicto, a fin de elegir

la más aceptable para ambas partes. Será de gran ayuda si cada uno voluntariamente cede algo. Si se intenta ver el problema desde el punto de vista del otro, habrán dado un gran paso para la solución del conflicto. La pareja debe entender que así como se requieren dos para que se origine un problema, también se necesitan dos para resolverlo.

La comunicación íntima de la pareja

- **Intimidad.** Es la experiencia donde cada uno es conocido, amado y aceptado, y solo se alcanza en el nivel de apertura que posibilite la intimidad genuina en la relación. («Conoció Adán a Eva».)

No obstante, la llegada de los hijos y la rutina de la vida matrimonial con frecuencia acaban con el halo romántico de la relación conyugal. El trabajo, la casa y los hijos hacen que la conversación gire en torno a asuntos muy diferentes a los que interesaban cuando eran novios. La clave para mantener el espíritu del noviazgo es seguir buscando ocasiones para expresar lo que uno siente por el otro.

- **Apoyo mutuo.** Otro aspecto muy positivo para la comunicación de la pareja es el apoyo mutuo. Hoy en día, el papel que le toca desempeñar a cada miembro de la pareja no están tan encasillados como antes. En la medida que ambos estén dispuestos a no imponer sus términos y alcanzar consensos, será más factible una buena comunicación.
- **Ninguno debe tratar de dominar.** Ambos deben estar igualmente dispuestos a no hacerse ningún tipo de daño. Ella será cuidadosa en sus palabras, amable y compañera de su esposo. Él no la avasallará, no será arbitrario ni exigente. Ambos tienen una misión definida que desempeñar, y son igualmente respetables y valiosos.

Reflexión final

Para concluir, un ingrediente primordial para una comunicación eficaz en la pareja es que ambos mantengan una comunicación permanente y activa con Dios. Una pareja unida que ora, estudia la Biblia y aprende a amar, comprender y perdonar, permanecerá así para siempre.

Si nos amamos, ¿por qué esperar?

Cómo abordar con los hijos las relaciones prematrimoniales.



El mundo contemporáneo ha profanado el amor como nunca antes en la historia humana. En nombre del amor se realizan las más paradójicas acciones, muchas de ellas, totalmente desconectadas del verdadero amor. Es preciso recuperar el concepto correcto del amor que muchos parecen haber olvidado en el contexto de una generación que cree que sus sensaciones corporales son equivalentes a amar.

- **Amar es un acto sagrado.** No implica vivir una sexualidad desenfrenada, sino hacerse cargo de la sexualidad propia en términos positivos, no represivos, sino dirigidos como solo el amor verdadero puede hacer. El amor es el antídoto contra la sensiblería y el error. Cuando se ama de verdad no se cometen necesidades, al contrario, precisamente porque se ama se busca hacer lo mejor.

¿Qué es el amor?

Muchos jóvenes, se consideran aptos para emprender el acto de amar, sin escuchar razones, ni atender argumentos. Es como dice Salomón, alertado por sus propias torpezas: «¿Te has fijado en quien se cree muy sabio? Más se puede esperar de un necio que de gente así» (Proverbios 26: 12). Muchos muchachos que apenas tienen edad, actúan como si tuvieran todas las respuestas, sin darse cuenta de que avanzan por caminos que los llevan muy lejos de la plenitud y la felicidad.

Cierto joven me escribió diciéndome que tenía quince años, y que estaba enamorado. Me pidió un consejo porque decía estar desesperado y que no podía dejar de pensar en la chica de sus sueños. Le contesté que podría estar siendo presa de sus propias

obsesiones y caprichos. Le advertí que a esa edad era difícil tener claridad respecto al amor por carecer de herramientas conceptuales adecuadas. Le recomendé que viviera su edad con las preocupaciones propias del momento que estaba viviendo. Que buscara amigas y se concentrara en crecer. Le recordé el versículo que dice que hay «un tiempo para amar» (Eclesiastés 3: 8). A vuelta de correo me contestó:

—Muchas gracias por su consejo, pero creo que el amor que siento es demasiado grande. He decidido seguir adelante.

Me sentí triste y decepcionado. Por una parte sabía que su historia iba a terminar como la de muchos jóvenes que se dejan entrapar por algo que ellos consideran amor pero que no es más que capricho, obstinación y pasión sin medida.

Una visión humanista del amor

Escritores y filósofos han escrito tratados sobre lo que se considera la actividad humana por excelencia. Sin embargo, después de toneladas de tinta y millones de páginas, se puede decir que la vía del humanismo en general ha traído más confusión que comprensión.

Las distintas opiniones generan contradicciones que lo que van haciendo es presentar una concepción ambigua del amor que culmina en relativismo. Se termina considerando que todas las manifestaciones emocionales, aun las más torcidas, si son motivadas por “el amor”, son buenas en sí mismas.

Cuando conocí a cierta pareja formada por dos de mis alumnos, jóvenes entusiastas que desde que se habían hecho novios iban siempre juntos. Un día él me dijo con alegría:

—Estamos pensando en casarnos.

—¡Qué bien! —le dije honestamente— pero ten cuidado, que muchos cuando toman esa decisión actúan incorrectamente.

Se rio y se alejó diciéndome:

—No se preocupe profesor, yo sé lo que hago.

Dos meses después los dos estaban sentados frente a mí en la sala de mi casa. Él me confeso con temor:

—No le hicimos caso. Mantuvimos relaciones. Creo que está embarazada.

Miguel Ángel Nuñez

Doctor en Teología Sistemática y licenciado en Filosofía, Educación y Teología

No lo decían con la alegría que debe llevar la noticia de llegada de un hijo, sino como una carga. En los días anteriores habían tenido muchos momentos de tensión. Vinieron sin saber qué hacer. Tenían sus estudios inconclusos y temían decirselo a sus padres y revelar a los amigos lo que estaba pasando.

Les dije que esperaran unos días y a ella la envié a un médico para que confirmara o abandonara sus temores.

Así lo hicieron. La siguiente vez que estuvieron en casa, se veía en sus rostros una sensación de alivio muy distinta a la anterior. El médico les había dicho que era una falsa alarma, que el embarazo no existía y que, probablemente, lo que había producido el retraso menstrual era una gran dosis de estrés.

Qué triste que esto tenga que suceder. No es lo que Dios planeó, ni es lo que el Señor espera de una relación. Muchos jóvenes están tan imbuidos en sus caprichos que no alcanzan a percibir la complejidad de aquello a lo que se exponen: embarazos no deseados, pérdida de confianza personal, promiscuidad, abusos físicos y psicológicos, manipulaciones, mala reputación, formación de hábitos sexuales malsanos, exposición a enfermedades de transmisión sexual, descrédito social, malas elecciones, futuro incierto, irresponsabilidad social, pérdida de confianza familiar, pérdida o alteración de sus estudios, falta de confianza en el cónyuge, paternidad no deseada...

¿Por qué esperar? Porque una persona que espera es más proclive a tomar mejores decisiones.

Nada indebido

El apóstol Pablo, en su discurso sobre el amor dice que el amor «no hace nada indebido» (1 Corintios 13: 5, RVR 1995).

Cuando alguien canta en un coro, se espera que todos canten la voz que le corresponde y lo hagan de tal modo que no produzcan problemas al resto de los cantantes. El director de la agrupación musical espera que los participantes sepan su voz y la canten tal cual está en la partitura. ¿Qué pasaría si cada cual decide cantar la voz que se le antoja sin ningún tipo de preocupación por llevar el tono o cantar de manera armónica? El coro, en vez de emitir una melodía agradable, emitiría voces estridentes y disonantes que en vez de ser un deleite se convertiría en una tortura. Eso es lo que está señalando nuestro tema.

Hace algunas semanas compré un reproductor de música mp3. Al abrir la caja lo primero que observé fue un manual de

instrucciones. El fabricante ideó un librito donde están las indicaciones para utilizar el dispositivo. Las instrucciones eran específicas desde el tipo de corriente que se debe utilizar, los mejores auriculares hasta la forma de grabar música desde el ordenador al reproductor. ¿Por qué tomarse la molestia de tantas indicaciones? Porque el que ha confeccionado la máquina sabe cómo funciona y entiende perfectamente qué podría alterar su funcionamiento. No da instrucciones para molestar, sino para que el usuario use bien su inversión.

Guardando las distancias sobre la analogía, el ser humano fue creado por Dios. Cuando lo formó dio instrucciones claras sobre qué hacer y cómo hacerlo. La razón que tuvo la divinidad para tomarse la molestia de dar todas esas indicaciones no es para hacernos la vida difícil, sino todo lo contrario. Fue pensado para ayudarnos a ser felices y plenos y para obtener mejores resultados con nuestra vida.

La Biblia contiene innumerables instrucciones que han sido reveladas por Dios con el fin expreso de que los seres humanos seamos plenos.

¿Por qué esperar hasta el matrimonio para tener relaciones sexuales?, la Biblia da algunas respuestas que pueden no gustarnos, pero, que son para nuestro bien.

•1. **Por qué hay un momento para todo.** La impaciencia caracteriza a muchos jóvenes que quieren experimentar sin esperar.

La Biblia dice: «Hay un momento y un modo de hacer todo» (Eclesiastés 8: 6, DHH). Hay que elegir el momento adecuado para tomar una decisión.

Muchos consideran que esperar es inútil. «Lo que tiene que pasar pasará», dicen, con una actitud un tanto fatalista y hasta orgullosa». No obstante, esperar el mejor momento es una decisión que lleva en sí la idea de que «En realidad, para todo lo que se hace hay un cuándo y un cómo» (Eclesiastés 9: 3).

El panadero no pone el pan en el horno hasta que la masa esté leudada, de otro modo, corre el riesgo de perder todo. El mecánico no cambia el aceite del motor del vehículo hasta que se hayan cumplido los kilómetros respectivos siguiendo las instrucciones del fabricante. Todo tiene su momento.

Cuando no se respeta el momento adecuado las personas se exponen a equivocaciones y consecuencias nefastas. Nadie ha muerto por postergar su iniciación

sexual, pero muchos han perjudicado el resto de su vida por adelantarse.

2. **Por qué es más sabio seguir las instrucciones de Dios.** Dios nos dice: «Espera. Ya llegará el momento. No te adelantes. Confía en mí, sé lo que hago».

Es preciso hacer caso a Dios porque nunca procuraría hacernos daño ni disminuir nuestra felicidad. Su preocupación es que vivamos de manera plena.

Cuando seguimos sus instrucciones, entonces, actuamos con sabiduría. La Biblia dice: «No seas sabio en tu propia opinión» (Proverbios 3: 7). En otras palabras, no actúes como si tuvieras todas las respuestas.

Cuando hay caminos que atraviesan alguna línea férrea, se ponen carteles de advertencia. La idea es prevenir a las personas para que no la atraviesen sin mirar primero si viene el tren. También sirve para la vida. Dios te ha dado instrucciones: «Antes de tomar cualquier decisión, para, mira lo que dice mi Palabra, y escucha lo que tengo que decirte».

3. **Porque es de sabios obedecer.** No siempre las instrucciones se entienden. Hay un par de indicaciones en el manual del mp3 que compré, que no logré entender el porqué de ellas. Sin embargo, no quiero exponerme a algún perjuicio, por lo tanto, he seguido fielmente las indicaciones para no cometer un error y dañar mi inversión. Obedecer tiene más que ver con confianza que con una actitud de sumisión ciega. Cuando decidimos obedecer a Dios lo hacemos sobre la base de entender que él es nuestro Padre que nos ama y desea lo mejor para nosotros.

La Biblia dice que la «fornicación», es decir, relaciones sexuales prematrimoniales, junto al vino y el mosto, «quitan el juicio» (Oseas 4: 11, RVR 1995). En otras palabras, afectan tu poder de decisión. Tu mente se desorienta y altera tu capacidad de elegir con sabiduría. Por esa razón, es mejor obedecer, antes que cometer una locura.

El Señor dice: «Huyan de la inmoralidad sexual. Todos los demás pecados que una persona comete quedan fuera de su cuerpo; pero el que comete inmoralidades sexuales peca contra su propio cuerpo» (1 Corintios 6: 18). Te dañas a ti mismo si no sigues las instrucciones de Dios.

Tú puedes hacer lo que quieras con tu vida. Puedes convertirte en una persona sabia o necia. Es tú decisión. Tú eliges. Es tu responsabilidad.



Para tener un hogar feliz

Dios nos reveló en la Biblia importantes instrucciones para que nuestras familias puedan ser felices. En los personajes y en las familias de la genealogía de Mateo 1 están todas las lecciones para lograrlo: el noviazgo, la educación de los hijos, los consejos de los padres y la importancia de la religión, los hábitos y las prácticas de la juventud. Quizá parezca algo extraño obtener enseñanzas de una genealogía, pero debemos recordar que esta es una especie de radiografía genética de los miembros que componen una familia.

Analicemos, entonces, este interesante árbol genealógico.

Abraham engendró a Isaac

Como judío que escribe para judíos, Mateo establece en primer término la relación que existe entre Jesús y Abraham (Mateo 1: 2). La familia del gran patriarca de Israel no fue del todo ideal. Encontramos en ella dos esposas y un hijo (Ismael) que causó discordia. Abraham tuvo que aprender la primera lección para tener una familia feliz: una fe completa en Dios y una paciencia sufrida.

Él había recibido la promesa de una larga descendencia a los 75 años, pero «apresuró los trámites» y tuvo un hijo con Agar a los 86. Hubo de esperar veinticinco años para recibir lo que Dios le había prometido. Pero esto no es todo, Isaac se casó con Rebeca a los 40 años, pero tuvo a Jacob y Esaú a los sesenta. Es decir, Abraham tuvo que esperar hasta tener 160 años para ver a sus nietos (85 años después de lo que Dios le había prometido) (Génesis 12: 4; 16: 16; 21: 5; 25: 20, 26). Pero, durante ese tiempo, la fe de Abraham creció y se fortaleció. Fue un gran padre y, como tal, nos dejó una segunda enseñanza para lograr un matrimonio armonioso: los cónyuges deben practicar la misma fe.

Génesis 24: 3 relata la petición que le formuló a su siervo: Debía elegir una esposa para Isaac dentro del pueblo de Dios. Era mucho más fácil buscar una compañera para su hijo entre las mujeres cananeas que rodeaban sus campamentos. Pero los atajos y los caminos rápidos suelen conducir a ninguna parte. Como vemos, ya en aquella época era complicado encontrar una pareja dentro de la iglesia. No obstante, es allí donde debemos buscarla.

Pablo Ale
Redactor de ACES

Un hijo mentiroso y otro fuera de la iglesia

Al entrar en el hogar de Isaac y Rebeca nos damos cuenta de que aun los esposos que comparten el mismo credo no están exentos de problemas: Jacob mentía y Esaú se casó con mujeres paganas (Génesis 25: 27-34; 27: 1-40; 28: 6-9). Nos encontramos ante nuestra tercera enseñanza: **la experiencia espiritual no se transmite genéticamente de padres a hijos**. Cada integrante de la familia (más allá del culto familiar) debe tener su comunión personal con Dios.

Desde luego que los padres consagrados y fieles educarán mejor a sus hijos que los que no lo son; y llegará el tiempo, si los hijos así lo deciden, en que las enseñanzas de la niñez volverán a cobrar vida. Lamentablemente, esto no ocurrió con Esaú, pero sí con Jacob.

Él dejó atrás sus tretas y mentiras, y formó un hogar con doce hijos. Esta familia tuvo innumerables problemas (peleas entre las esposas, siervas que daban a luz hijos y la envidia de los hermanos hacia José, entre otros), pero fue bendecida por Dios y de ella surgieron las doce tribus de Israel. Lección número cuatro: **no importa cuántos inconvenientes interpersonales existan en nuestro círculo íntimo**, Dios los puede transformar en una bendición si cada miembro de la casa permite que él more en su corazón (Génesis 50: 10).

Dos madres prostitutas

Dice Mateo 1: 3 que Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara, Judá fue uno de los hijos más destacados de Jacob. No solo fue quien intercedió por José, también es quien da nombre al pueblo judío. Pero Judá fracasó en la educación de sus dos primeros hijos. Er hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y Dios le quitó la vida. Su esposa (Tamar) fue dada a Onán, pero este derramaba su semen en el suelo para no dar descendencia a su hermano (Génesis 38: 1-10). **Es deber de los padres guiar a los hijos por el camino correcto**. Esta es la lección número cinco.

El tercer hijo de Judá se llamó Sela, y como no fue dado por esposo a Tamar, esta se hizo pasar por prostituta, para concebir un hijo de Judá (Génesis 38: 14-30). De esa unión nacieron los mellizos que integran la genealogía de Jesús.

Pero no es Tamar la única mujer de dudosa reputación que integra esta lista. En Mateo 1: 5 aparece Rahab. Esta mujer (ramera y pagana) ayudó a los espías de Israel en la

conquista de Jericó (Josué 2: 1-24). Como recompensa, ella y su familia no murieron en el ataque del ejército hebreo. El cordón rojo que pendía de su ventana era la señal para la salvación, era la esperanza de una nueva vida para Rahab y los suyos. Y de esa ventana se desprende la sexta lección: **la gracia de Dios alcanza a todas las familias, en cualquier tiempo y lugar, más allá de la clase de vida que hayan tenido los miembros que la componen**. ¡Cuántas familias formadas en “Jericó”, vinieron a la iglesia y hoy son pilares de ella!

Una familia real

Con sorpresa, notamos que Rahab no es la única mujer extranjera que aparece en esta genealogía. En el versículo 6 nos encontramos con Rut, la moabita. Gracias al buen testimonio de su suegra, Noemí, Rut no solo decidió que Jehová sería su Dios, sino también que uniría su vida con un hombre israelita. La relación entre Rut y Booz fue del todo ejemplar. Antes de casarse, cuando Booz estaba durmiendo, ella fue y se acostó a sus pies (Rut 3: 1-14); es decir, de manera perpendicular, no paralela. Y cuando Booz se dio cuenta de esto, la llamó “mujer virtuosa” (Rut 3: 11), y así durmieron toda la noche. Aquí hallamos la séptima lección para una familia feliz: **las relaciones sexuales solo tienen lugar dentro del matrimonio**. Esa institución es el marco establecido por Dios para la felicidad completa de los cónyuges.

De la descendencia de Rut nació el rey David (Mateo 1: 5, 6). Las grandes victorias militares de este pequeño gran pastor de ovejas devenido en poderoso monarca no alcanzaron a cubrir las miserias de su conflictiva familia. Amnón, el primogénito, violó a su hermana y fue muerto por orden de Absalón (2 Samuel 3: 2; 13: 1-29). Por su parte, Absalón se rebeló contra David y se autoproclamó rey (2 Samuel 14, 15, 16). En medio de una guerra contra el ejército de su padre, fue asesinado a manos del rudo Joab (2 Samuel 18: 12-15).

Por su parte, David tomó a Betsabé, mujer de Urías, tras enviarlo a la vanguardia en la batalla para que la muerte lo alcanzara (2 Samuel 11). David no fue un marido fiel ni un padre ejemplar, a pesar de su amor a Dios.

A través de las ventanas de los lujosos palacios de Jerusalén, divisamos la octava lección: **el éxito social y espiritual de los pa-**

dres no garantiza que estos puedan educar hijos a su medida y con sus mismos valores. Esto se debe a que, muchas veces, las personas con grandes responsabilidades sociales o eclesiásticas se preocupan demasiado por los demás y descuidan su propio rebaño. David estuvo tan ocupado ganando batallas contra enemigos extranjeros, que no pudo obtener victorias dentro de su propio hogar.

No obstante, fue él quien educó a Salomón, el hombre más sabio de la tierra. Salomón se constituyó en el gran constructor de Israel y un hombre admirado por su sabiduría y sus enseñanzas. El libro de Proverbios refleja sus valiosas instrucciones para padres e hijos.

Pero Salomón tampoco pudo transmitirle genéticamente la sabiduría a su hijo Roboam (Mateo 1: 6). En medio de una crisis política del reino de Israel, Roboam prefirió escuchar a los amigos de su juventud, antes que aceptar los sabios consejos de Salomón. El resultado fue una rebelión interna y la consecuente división entre el reino del norte y el reino del sur (2 Reyes 12: 1-24).

Entre las airadas voces de protesta israelitas se escucha la novena lección: **el consejo de los padres cristianos o personas mayores consagradas a Dios es siempre mejor que las “novedosas” o “innovadoras” propuestas de quienes tienen nuestra edad**.

El hijo que cambió el mundo

Al continuar leyendo esta genealogía, nos encontramos con un carpintero sin recursos, proveniente de una desprestigiada aldea de montaña, y una doncella. A ellos, Dios les encomendó la educación y el cuidado del Mesías. «Y Jacob fue padre de José, que fue el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo» (Mateo 1: 16).

Sin dinero, sin grandes talentos y muchas veces sin entender la misión de su hijo, ambos dieron a Jesús una educación superior y lo ayudaron a prepararse para su ministerio terrenal. Y fue él quien cambió la historia del planeta y salvó a la humanidad.

Última lección: **no importa quiénes somos, ni en dónde vivimos ni con cuánto dinero contamos. Al enseñarles a nuestros hijos acerca del amor de Dios y prepararlos para su servicio, les estaremos dando lo mejor**. Y en el futuro podrán ser luminarias en la iglesia y estandarles en una sociedad que padece de un raquitismo ético y moral alarmante.

RESCATEMOS a la familia

El proyecto de Dios

A Jesús le gusta que sus familias sean felices. No hubo mayor gozo para él que darles el reflejo de sí mismo. Su voluntad quedó de manifiesto así: «Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó» (Génesis 1: 27).

Estas sencillas palabras hacen visible el orden que el Señor quería alcanzar con los dos seres humanos recién creados: expresar mediante ellos un nuevo orden de seres que llevaran su sello y reflejaran capacidades semejantes a las suyas. La plenitud de sus vidas debía llevar el sello de la adhesión, del vínculo en total armonía. Sus capacidades no tendrían límites en ese entorno de desarrollo perfecto y eterno. Como consecuencia, la satisfacción y la felicidad les llenarían siempre.

La perpetuación de la especie sin dolor, les daba la participación en la procreación de otros seres que

también llevarían la imagen del Creador; cualidad que requeriría que entre los dos seres humanos hubiera una unidad única, espiritual, mental y física tan estrecha, que simbolizaría perfectamente la imagen de su Hacedor. Pero, por asombroso que nos parezca, esta virtud no era exclusiva sino que, de este hecho, habría derivaciones que lo complementarían: ambos manifestarían en sus vidas cualidades del Señor que transmitirían a sus hijos mediante el perfecto ejemplo y la enseñanza.

Su crecimiento social y su responsabilidad, fruto de la relación entre ambos y con los demás seres que les visitaban, deberían dotarles de elementos de criterio y de crecimiento en su carácter. Los hijos nacidos debían ver en ellos la santidad, la humildad y la mansedumbre de Jesús y el reflejo del perfecto carácter de amor del Señor.

Dice Elena White: «Todo el cielo se interesó profunda y gozosamente en la creación del mundo y el hombre. Los seres humanos constituían una clase nueva y distinta. Fueron hechos “a imagen de Dios”, y era el propósito del Creador que poblaran la tierra. Habían de vivir en íntima comunión con el cielo, recibiendo poder de la Fuente de todo poder. Sostenidos por Dios, habían de vivir vidas libres de pecado».¹

La herencia recibida no era pequeña. Dios se había volcado en la creación de esta pareja para que fueran plenamente felices.

Antonio del Pino
Director del Ministerio
de la Familia de la UAE

Han pasado siglos y hoy estamos hablando de rescatar a la familia. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se debe rescatar algo que el Señor hizo tan perfecto?

Vemos por todas partes que la realidad es otra totalmente diferente a la creación. El hombre eligió un camino distinto al propuesto por el Señor y, desde entonces, estamos donde estamos. No hay día, no hay sociedad, no hay familia y no hay individuo que no padezca algún tipo de sufrimiento, de dolor y, finalmente, la muerte.

Dice el sabio Salomón: «Dios hizo perfecto al género humano, pero este se ha buscado demasiadas complicaciones» (Eclesiastés 7: 29).

Una situación caótica

Sobre la familia y los niños, aquí va una pequeña muestra de cómo estamos.

Según la UNICEF, en el mundo hay más de cien millones de niños de la calle, y esta es una cifra que no cambia desde hace más de veinte años. Se considera “niño de la calle” a todo aquel menor de 18 años que vive sin hogar y sin la protección y atención de algún familiar.²

En España, la violencia contra los menores creció un 13,6% en 2012.³ Asimismo, entre separaciones, nulidades y divorcios, se rompieron ese mismo año 110.764 familias. Según la estadística, por cada cinco bodas (civiles o religiosas), se produjeron tres rupturas.

En 2013, se registraron 27.122 mujeres víctimas de la violencia de género. Corresponden a órdenes de protección y a medidas cautelares. Casi la mitad de las víctimas tenían entre 25 y 39 años. La edad media de las víctimas fue de 36,2 años.⁴

Sansón

Sansón debía desempeñar una misión importante para Dios. Él tenía planes para que este hombre hiciera la obra especial de liberar a su pueblo de la opresión que durante cuarenta años les habían sometidos los filisteos. El Señor quería devolverles la libertad de unos tiranos que, con costumbres viciosas y llenos de pecado, estaban sometiendo y oprimiendo a Israel.

Sin embargo la personalidad de Sansón no se desarrolló de la manera que se espera de un elegido de Dios. Sus emociones decidían en contra de su deber. Prevalcían sus deseos personales en vez de una misión redentora. Como muestra, este deseo expresado a sus padres: «He visto en Timnat a una joven filisteo; pedidla para que sea mi esposa»

(Jueces 14: 2), en un tiempo en el que debía de haberse centrado en su misión especial. Cuando debería de haber sido fiel a Dios, dejó que sus pasiones lo controlaran y se vinculó mediante este enlace con los enemigos de Israel. ¡Qué irónico! Él fue llamado para “librar” a Israel de los filisteos, y lo siguiente que sabemos es que se estaba casando con una de ellos.⁵

Sansón participó de la sociedad de los filisteos hasta el punto de hacer que sus padres también lo hicieran.

Las relaciones que mantuvo con el pueblo que no conocía a Dios le llevaron a tener su corazón dividido. La elección de influencias equivocadas cambió el llamamiento de Dios en un ambiente extraño con resultados muy dolorosos para todos.

Dice Elena White: «Al principio mismo de la vida Sansón se vio rodeado de condiciones favorables para el desarrollo de la fuerza física, vigor intelectual y pureza moral. Pero, bajo la influencia de amistades y relaciones impías, abandonó aquella confianza en Dios que es la única seguridad del hombre, y fue arrebatado por la marea del mal».⁶

Los errores de este hombre se acumularon uno tras otro. No podemos decir que fuera un enviado de Dios de perfil “normal”. Pero, cuando le rindió su corazón y comprendió su error, cuando dejó de depender de sí mismo y puso al Señor en primer lugar, su vida fue de Dios. Tal como el buen ladrón en la cruz, en su última hora, Dios lo hizo suyo.

La historia de Sansón es la de un hombre fuerte derribado por su debilidad moral. La formación de su familia fue desastrosa. Una relación sólida con Dios lo habría ayudado a controlar su relación con las mujeres. Su experiencia ilustra el dicho: “No os unáis en yugo desigual con los infieles” (2 Corintios 6: 14, RVR 95). Dejó de hacer el bien e hizo mucho daño.

Hemos sido llamados por el Señor para ser un pueblo diferente, ejemplo de regeneración de la sociedad, levadura para otros que buscan saciar su sed interior de la Verdad.

Sin embargo, nosotros nos quejamos de que nuestra vida y familia no llegan a alcanzar esa regeneración prometida en la Biblia y nos cansamos. Sencillamente nos preguntamos ¿será todo mentira? ¿Qué está fallando?

El tranvía

En cierta ciudad, un pesado tranvía cargado de pasajeros iba a iniciar su ruta. El conductor ocupó su puesto, quitó el freno y



accionó la palanca que daba la orden de iniciar la marcha. Pero el tranvía no se movió. Giró varias veces la palanca de mando pero no obedecía, extrañamente el motor no se encendía. La gente empezaba a quejarse de la situación. Desesperado, el conductor no sabía qué hacer. Por la otra vía, y en dirección contraria, se acercaba otro tranvía; su conductor, al ver la dificultad que tenía su compañero, se detuvo junto a él. «¿Qué te sucede?» Le preguntó. «Que el motor no se pone en marcha», le dijo. «¿Cómo va a funcionar si tienes bajado el trole?» (trole es la barra metálica que conecta la parte superior del tranvía con el cable eléctrico que va por encima y le suministra energía).

Las cargas que soportan nuestras vidas son imposibles de eliminar sin ayuda del Señor. Reitero, imposible arrancarlas sin su ayuda. La visión que tuvo el apóstol Pablo sobre nuestro tiempo lo confirma: «Esos malvados embaucadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (2 Timoteo 3: 13; el destacado es nuestro) y debe hacernos tomar conciencia de nuestra situación.

Aceptemos el pacto

Seamos honestos con nosotros mismos. Tal vez te bautizaste hace algún tiempo, pero ¿te has preguntado alguna vez, «está mi familia bautizada»? Es decir, ¿practico en mi casa los principios cristianos? ¿O seguimos utili-

zando en el hogar las mismas prácticas que antes de nuestro bautismo?

¿Tienes defectos de carácter? ¿Existen desavenencias en el hogar? ¿Has comprendido que lo más importante y primero es estar vinculado al Señor? Ir solos a enfrentarnos a Satanás es un error porque él ya ha demostrado que nos puede. Pero no a Jesús. Jesús le ha vencido. Así que, nuestra opción no es luchar contra Satanás, sino ir a Jesús, aferrarnos a él, adherirnos al Todopoderoso. Y él sí que puede luchar por nosotros contra el diablo y vencerlo, porque ya lo ha vencido. Cada vez que tú quieras luchar solo contra los defectos de carácter con los que el pecado te ha marcado, estarás luchando contra un imposible. Tu fuerza de voluntad ha de centrarse en ir a Jesús. Él te concederá su Espíritu, te cambiará la vida porque «él os guiará a toda la verdad» (Juan 16: 13). Después, amable y consideradamente, lleva a tu familia.

No es natural ir a Jesús. Va en contra de nuestra naturaleza porque el pecado nos atrae. Por eso el Señor te dice: «Ten fe». O sea, «Cree en mí, pégate a mí, adhiérete a mí y yo te ayudaré». Así que, el primer paso es unirse a Jesús.

Cuando Jesús mora en la familia, esta es rescatada. Cuando Jesús mora en el hogar, los valores de la familia se restauran. Cuando Jesús mora en la familia, las primeras cosas vuelven al lugar que le corresponde y todo se reubica.

«La primera responsabilidad de un esposo es para con su esposa y con sus hijos. Todo lo demás es secundario, y eso incluye su vida laboral [...]. Muchas esposas se sienten solas y abandonadas por sus esposos. Muchos hijos no logran conocer a sus padres. Quien se casa hace un pacto. Eso incluye comprometerse con la vida de su cónyuge y de sus hijos. Ese compromiso implica pasar tiempo

juntos, escuchar, jugar, hablar y realizar actividades recreativas; en otras palabras, invertir en su familia». ⁷ Hemos perdido mucho tiempo luchando con el diablo y él nos vence cada vez. Si vas a Jesús tal y como estás, te recibirá y te ayudará. Nunca lo olvides, él dio su vida por ti. Aférrate a él y no dejes de creer en Jesús. Lleva también a tu familia. El Señor quiere rescatar a tu familia porque desea que sus familias sean felices.

1. *The Review and Herald*, 11 de febrero de 1902.
2. Lecciones Escuela Sabática, ed. para los Maestros, 3^{er} trimestre de 2007, pág. 47.
3. Elena White. *Patriarcas y Profetas*, pág. 612.
4. Unicef: <http://www.unicef.es>
5. Informe de la Fundación ANAR, 25-4-2013.
6. Instituto Nacional de Estadística: www.ine.es
7. M. Ángel Núñez. *Diseñados para amar*, pág. 201.

Si Dios está, ¡feliz hogar!

592

Happy the Home

Henry Ware, jr. (1794-1843)

Vers. esp.: Pablo D. Ostuni (1972-)

ST. AGNES

John B. Dykes, 1866 (1823-1876)

1. Si Dios es - tá, ¡fe - liz ho - gar! Su gran a - mor nos da.
2. Si Cris - to es - tá, ¡fe - liz ho - gar! Los ni - ños can - ta - rán
3. Pi - do, Se - ñor, tu ben - di - ción so - bre mi hu - mil - de ho - gar,

Un so - lo an - he - lo a - lí ha - brá: la di - cha ce - les - tial.
y los a - dul - tos ha - bla - rán del Nom - bre sin i - gual.
pa - ra que rei - ne tu a - mor has - ta la e - ter - ni - dad.